

ATENEOS

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Director y Redactor: JUAN FELIPE TORUÑO

tercera época-No. 165

San Salvador, El Salvador, Enero, Febrero, Marzo de 1945

Año XXXII.

De la Dirección

Las instituciones de cultura en la post-guerra

ES indudable que los centros de cultura deben de irse preparando para laborar en la post-guerra. Academias y Ateneos, Asociaciones y Círculos literarios, tendrán que variar un poco en cuanto a sus formalismos a fin de dar más amplitud a personas que deban actuar en provecho de la generación que se forje para el porvenir.

Es decir: que cierto rigorismo conservador que se ha apreciado en estos centros tendrá que suavizarse a fin de que con ello el procedimiento llegue hasta los núcleos populares.

Si bien es cierto que academias, ateneos, asociaciones y círculos ya no son como hace treinta años, en donde las puertas eran infranqueables a quienes querían entrar a formar en la fila de los escogidos, falta aun por hacer. Si hay que mantener aquel principio de armonía para que no llegue a la destrucción de edificios sobre que han estado descansando tales instituciones, también hay que flojar un poco los goznes de las puertas para que entren quienes deban cooperar con eficiencia a la formación de los hombres que tendrán que sostener el prestigio de las letras y de las artes en el futuro.

Los Estados y Gobiernos tendrán que dar mayor apoyo a tales centros debido a que, como se va laborando con mayor expansión y se van extendiendo los conocimientos, de naturaleza será que quienes han venido sosteniendo con sus cuotas los que forman tales núcleos, recibiendo sí estas instituciones cierto apoyo estatal ya no estarán dispuestos a mantener con más altas cuotas a entidades que se desparramarán con mayores proporciones los conocimientos.

Y no será por egoísmo, desde luego; ni tampoco por negar cooperación, la que siempre habrá, sino porque se necesita de mayor volumen económico para

que sea también mayor el provecho que deba sacarse de todas estos centros de cultura.

Argentina mantiene una posición envidiable al respecto. Venezuela sostiene una serie de instituciones de historia, de arte, de letras, igual que lo hacen México Chile y Ecuador, Colombia y Cuba las que refuerzan sus columnas en tal sentido

Pero no será suficiente esto. Por lo mismo, tendrán que darles mayor apoyo y, por aquí, por estos lados de la América Central, los Estados deberán atender con mayor cariño y voluntad los esfuerzos de quienes integran tales centros los que tendrán que reorganizarse para un mejor empeño y para una mayor conformación que venga a ser más activa y dar rendimiento efficacísimo en los fundamentos y proporciones de la cultura.

Apreciando el panorama que ya se vislumbra para el futuro, si las fuerzas de distintos órdenes están preparándose, de urgencia también es formalizar plane para laborar, íse acondicionando de modo que no se resientan estos organismos cuando lleguen los vuelcos de la post-guerra.

Por lo que corresponde al ATENEO DE EL SALVADOR, uno de sus Miembros ha puesto sobre la tabla de las apreciaciones, el punto preciso para una labor de entendimiento entre las instituciones afines con el objeto de allegar bondadosamente todo aquello que deba utilizarse en un trabajo que ineludiblemente tiene que realizarse.

Ya en otras ocasiones el ATENEO celebró reunión en que se plantearon proyectos a realizarse; pero vientos contradictorios, cuestiones circunstanciales arrasaron con tales propósitos y ellos no pudieron realizarse. Sin embargo, y se ha comenzado a ver cómo deberá llevarse a la realidad lo que se anhelaba y lo que es deseo de quienes comprenden que sobre las contingencias y eventualidades temporales, están las grandes reservas del optimismo, la voluntad y el deber con la civilización y las fuerzas humanas.

Debemos prepararnos para una labor más en firme y hacia ello vamos.

Mirando a través, o por encima de estos momentos, entendemos que las instituciones que trabajan en América en esta labor tan ardua y tan delicada deben irse preparando para enfrentarse al futuro.



S O B R E la Filosofía

de la Persona

Por ANIBAL VILLAVERDE

lo rodea, y del cual se considera rey y señor? Cuán universales las palabras de San Agustín: «¿Qué pues, soy, Dios mío? ¿Qué naturaleza es la mía?»

Pero son precisamente esos puntos cardinales, esos ejes sobre los que gira todo el edificio del pensar humano, los que, paradójicamente, permanecen en las tinieblas de lo incognoscible, resistiendo con impasibilidad quizá eterna, los embates que el cerebro humano no cesa de dirigirles.

Si lográramos conocer la esencia del hombre, una inmensa luz se proyectaría sobre infinidad de problemas resueltos hoy sobre supuestos o mitos, o simplemente no resueltos. De ahí las ansias de veracidad con que se estudia este antiguo punto fundamental.

Esa estructura esencial que investigamos, significa lo que el hombre tiene de perenne, lo que permanece inmutable e igual en toda persona humana; aquello por lo cual se es «personu». Tal hombre, vendría a ser éste que Unamuno define negativamente, y del cual se aparta por demasiado etéreo: «Porque hay otra cosa que llaman también hombre, y es sujeto de no pocas divagaciones más o menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el Zoon politicón de Aristoteles, el contratante social de Rousseau, el «homo oeconomicus» de los manchesterianos, el «homo sapiens» de Linneo, o si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí o de allí, ni de esta época o de la otra, que no tiene sexo ni patria, una idea, en fin. Es

decir, un «no hombre». (1).

Pese al negativismo de Unamuno, el hombre que él desea estudiar, ese hombre «de carne y hueso, que nace sufre y muere», es la manifestación sensible de aquel otro «no hombre» esencialmente hombre, «que no es de aquí ni de allí»... y que es de todas partes: De éste hemos de ocuparnos a la luz de ideas expuestas por ciertos autores de la filosofía antropológica.

Para Max Scheler (2), a quien seguiremos de cerca en más de una ocasión, la palabra «hombre» da lugar hoy a tres respuestas: la de la tradición judeo-cristiana: Adán y Eva, la Creación, el Paraíso, la caí-

(1) Unamuno: «Del Sentimiento Trágico de la Vida».

(2) Max Scheler: «El puesto del hombre en el Cosmo».

da; la de la antigüedad clásica: el hombre es hombre porque posee «razón», logos, fronesis, ratio, etc.; la de la ciencia moderna de la naturaleza y la psicología genética: el hombre como producto final y muy tardío de la evolución del planeta Tierra.

Por lo cual cabría hablar de una antropología científica, otra filosófica y otra teológica, sin que exista finalmente una idea unitaria del hombre.

Ese término «hombre» puede tener, pues, dos acepciones totalmente distintas. Ya que consideremos al «animal hombre», el «ápice de la serie de los vertebrados mamíferos» de Linneo, o bien al conjunto de cualidades absolutamente específicas que diferencian a ese ser de todos los demás seres vivos. Por aquello que el hombre tiene de particular, de específico, de esencial, se le ha de llamar *persona*; y por su faz natural, le hemos de denominar *individuo*. No nos detendremos en la diferenciación detallada de ambos conceptos, que dejamos para otra oportunidad y hablaremos directamente de aquello que entendemos por persona.

La antigüedad clásica interpreta como característico del hombre, un principio fundamental diverso en absoluto de todo cuanto signifique materia o vida. Ese principio fué encarnado en la *Razón*. La persona se elevaba sobre todos los seres terrestres merced a ese carácter específico de la racionalidad. La persona era «una sustancia individual racional».

El pensamiento medieval llamó a ese principio fundamental «*Espíritu*», y su existencia fué el carácter esencial de la categoría de persona.

Luego se interpretó al hombre en

la Edad Moderna sucesivamente como una conciencia que se integra a un orden superior; o como simple materia, o resultado de una evolución maravillosa, (Feuerbach, Darwin, Haeckel). También se interpretó al hombre como vida; posición defendida principalmente por Nietzsche, y que ha venido a ser la filosofía predominante en Alemania entre los nacional-socialistas. Y finalmente, el hombre como esencia espiritual; posición de los filósofos escolásticos y muchos no escolásticos, y de la moderna corriente existencialista (1). De acuerdo con esta última posición, el hombre es hombre, en el sentido esencial, porque es persona. Y llegados aquí, se nos hace imperioso ya caracterizar y definir qué sea una persona.

«Persona» significa, etimológicamente, «máscara», y se refiere a la que solían usar los actores del antiguo teatro griego. («*Vulpes ad personam tragicam*». La Zorra y la Máscara, fábula de Fedro). Según Maritain, Boecio afirma que en su acepción primera, persona significó máscara. «Y como estas máscaras —sigue Maritain— representaban a los héroes cuyo papel mimaban los actores, se dió en llamar persona a todos los hombres que difieren unos de otros, no por la máscara, sino por una fisonomía bien típica, y que obran como personajes sobre la escena del mundo»...

Así pues, la persona es como una máscara que recubre al hombre natural, al ser psicofísico con el fin de darle una característica esencial diferenciándolo de todos los demás seres, «para hacer del ser psico-físico que es el hombre, algo más que

(1) Ismael Quiles: «Filosofía de la Persona Humana».

un conjunto de modos y cualidades de una sustancia» (1). La persona representa la firmeza, la invariabilidad; opuestas a la versatilidad del individuo. Así como la rígida máscara ocultaba el cambiante rostro del actor.

En cuanto al contenido dado a este concepto de persona, pueden diferenciarse varias tendencias:

- a) Las que reducen la personalidad a regiones ontológicas y de categoría inferior; tales como el materialismo extremo, el vitalismo y el psicologismo, dándole un contenido de materia fisico-química el primero, de materia organizada por una fuerza vital o entelequia el segundo, y un conjunto de fenómenos psíquicos el tercero. Las tres posiciones han sido muy criticadas junto con todo el positivismo, y su superación radica en la dificultad de todas ellas para llegar a fundamentar un concepto de unidad del yo, de su libertad; así como de su identidad a través del tiempo. (Ismael Quiles).
- b) Las dos corrientes contemporáneas más importantes: el sustancialismo espiritualista y el atavismo espiritualista, de las cuales nos ocuparemos a continuación.

Para el sustancialismo espiritualista, sostenido generalmente por los filósofos y teólogos escolásticos, «persona» es el supuesto o supósito (suppositum: puesto debajo), de naturaleza racional. El supósito viene a ser sujeto de varios predicados, sin que él pueda predicarse de nada distinto.

«La personalidad para Santo Tomás —dice Maritain— es lo que ha-

(1) Dicc. de Filosofía. Ferrater Mora.

ce que ciertas cosas dotadas de inteligencia y de libertad *subsistan*, se mantengan en la existencia como un todo independiente (más o menos independiente), en el gran todo del universo, y frente al Todo trascendente que es Dios». «La noción de personalidad —dice luego— no se refiere a la materia: se refiere al *ser*, y a lo que hay de más misterioso en las perfecciones metafísicas del ente, a lo que se llama la *subsistencia*» (2). Este concepto de subsistencia equivale a aquel anterior de supuesto o supósito, y es índice de la personalidad, siempre que se refiera a algo dotado de inteligencia y libertad.

Santo Tomás dice que la persona es lo más noble y perfecto que hay en toda la naturaleza, y tal perfección le cabe, como a todas las cosas, en razón de su mayor semejanza a Dios. En este caso, en razón del espíritu, que es el centro de su personalidad. Así pues «en su aspecto metafísico, la personalidad es la subsistencia misma de un espíritu» y «el cuerpo humano subsiste gracias a la subsistencia del alma espiritual».

Ismael Quiles, en el libro ya citado, afirma que la primera y fundamental propiedad de la personalidad metafísica, es la unidad. Porque la unidad de un ser —dice siguiendo la línea que tan profundamente trazó Plotino— es la medida de su perfección. De ahí que Dios, pura unidad, sea el ser puramente perfecto. Tal concepto de Unidad del ser, es equivalente en último grado, a su subsistencia «porque existe por sí y no en otro». (S. Tomás). Pero, además, mientras en los demás seres no existe conciencia de esa unidad de ser, porque «son unidad pero no se conocen como tal, el hombre es el

(2) Maritain: «Para una filosofía de la persona humana».

único entre los seres del mundo sensible que es capaz de conocerse a sí mismo, de situarse a sí mismo frente al mundo, como un todo independiente».

Como corolario de tal perfección de la persona humana, debemos mencionar la perfección en su obrar; pues si bien dentro de ciertos límites, el hombre es dueño de sus actos, por lo cual decimos que posee libertad.

Finalmente, toda explicación de persona humana, dentro del sustancialismo espiritualista, tiene su punto de partida y de llegada en la idea de Dios. «La divinidad está tan presente al hombre, interior y exteriormente, que el hombre no puede prescindir de ella, ni en su pensar, ni en su vivir, ni en su ser». Todos los seres trascienden hacia el Ser Absoluto, de tal modo que «la persona humana sin Dios, es incomprendible».

Veamos ahora las ideas del actualismo espiritualista. Scheler caracteriza a la persona por la existencia de un «nuevo principio que hace del hombre un hombre, y que es ajeno a todo lo que podemos llamar vida, en el más amplio sentido, ya en el psíquico interno o en el vital externo». Ese principio es lo que se denomina con la palabra «Espíritu»; y «persona» será el «centro activo en que el espíritu se manifiesta dentro de las esferas del ser finito a rigurosa diferencia de todos los centros funcionales «de vida» que, considerados por dentro se llaman también «centros anímicos».

¿Cuál es la esencia de ese espíritu? ¿Cuáles son sus cualidades? En primer lugar, su independencia, libertad o *autonomía existencial*, frente al mundo circundante, por no estar supeditado a ninguna clase de

impulsos. Está abierto al mundo, según frase que nos plase usar, dice Scheler.

En segundo lugar, la *objetividad*, «posibilidad de ser determinado por la manera de ser de los objetos mismos». A diferencia del animal, para quien su contorno será siempre su «medio», dependiente de sus reacciones y de sus impulsos. Para el hombre existe la posibilidad de objetivar ese medio ambiente transformándolo en un «mundo» con valoración propia e independiente de toda acción que sobre él intente realizar.

Francisco Romero (1) afirma que lo más característico del espíritu es la objetividad, «el poder de desindividualizarse en cierta manera, el otorgar dignidad y personería a cuanto se presenta ante él». Y así como se orienta hacia el mundo en sí —continúa— hacia las cosas como esencias, se orienta también hacia otros modos de objetividad, hacia los valores.

La tercera característica de la esencia del espíritu es para Scheler la *conciencia de sí mismo*. El hombre es el único ser capaz de poseerse a sí mismo. Admitido que el animal tiene conciencia, dista aún mucho de llegar a la cualidad específicamente humana de «tornarse consciente de sí». El animal posee los sentidos del hombre, ve y oye como él, *pero no sabe* que ve y oye.

Ese tener conciencia de sí, constituye pues, un carácter netamente espiritual.

El hombre, la persona, puede convertir todas las cosas, incluso a sí mismo, en objetos de su conocimiento. Es decir que puede objetivar el mundo que lo rodea, como ya dijimos. «Este centro —dice Scheler—

(1) F. Romero: «Filosofía de la Persona».

a partir del cual realiza el hombre los actos con que objetiva el mundo, su cuerpo y su psique, no puede ser «parte» de ese mundo, ni puede estar localizado en un lugar y momento determinado. Ese centro sólo puede residir en el centro del ser mismo. El hombre es, por tanto, el ser superior a sí mismo y al mundo».

Con esto tenemos ya otra característica: El espíritu es el único ser incapaz de ser objeto; es *actualidad pura*. «El centro del espíritu, la persona, no es, por tanto, ni ser sustancial ni ser objetivo, sino tan sólo un orden estructurado de actos, determinado esencialmente, y que se realiza continuamente a sí mismo en sí mismo».

Habla Scheler de otros caracteres del espíritu, cada vez más sutiles y profundos, en cuyo detalle no creemos oportuno entrar, pero mencionaremos éste que, según él, constituye la nota fundamental del espíritu humano: La facultad del espíritu que consiste en separar la existencia y la esencia. «Lo esencial al hombre —dice— no es que tenga saber, como ya decía Leibniz, sino que tenga saber «a priori», o que sea capaz de adquirirlo». Ese conocimiento «a priori», es el que nos permite una validez que rebasa los límites de nuestra experiencia sensible. Y por ende, nos da conocimiento de las *esencias*, las cuales, al decir de Hegel, (lo recuerda Scheler), constituyen las ventanas abiertas sobre lo absoluto. De ahí que se pueda decir que el espíritu es capaz de separar esencias y existencias.

Max Scheler niega al espíritu, empero, originariamente, todo poderío, fuerza o actividad. El principio creador de la energía, nace del mundo

inorgánico, y es también originariamente propio del ser, primigenio como el espíritu. Este principio de energía lo constituye el *impulso*. El proceso de sublimación de los impulsos vitales, da fuerza al espíritu, poderío y actividad.

«El advenimiento del hombre y del espíritu —dice— debería considerarse entonces como el último *proceso de la sublimación de la naturaleza* hasta el presente». No debe considerarse, pues, una situación antagónica entre vida y espíritu, entre impulso y voluntad pura, porque «el espíritu y la vida están mutuamente coordinados y es un error fundamental colocarlos en hostilidad o en estado de lucha».

La conciencia de la Divinidad, que se está haciendo desde el primer principio en la compenetración creciente del impulso con el espíritu, junto con la de sí mismo y la del mundo, forman una indestructible unidad estructural.

Digamos ahora para terminar, que de la idea unitaria de persona, generalmente sostenida, nacen, como dice Francisco Romero, dos exigencias o consecuencias necesarias: el «deber de conciencia» y el «deber de conducta». El primero consiste el gnosí seautón del filósofo, el «conócete a tí mismo». Deber de autoconocernos, de reflexionar sobre nuestro verdadero ser, puesto que la misma posibilidad de hacerlo es característica de nuestra personalidad. En cuanto al deber de conducta, él nos impone «obrar como personas, es decir, desde el centro espiritual, Nos ordena, pues, ante todo, poseernos en la acción, de manera que cada acto nuestro, sea «nuestro» en sentido último y radical».

Orígenes de San Salvador, Cuscatlán

Por JORGE LARDE

CAPITULO VI

(Continuación)

Sucesos de 1528 a 1531

III

«E después de lo fuo dicho, dicho, este dicho viernes, mes y año fuo dicho. En preferencia de mí, el dicho eccleriano, en el dicho Cabildo, juntos e congregados los dichos señores Teniente Capitán, Justicia e Regidores de la dicha villa juntos e congregados, onánimos e formes, dixerón: Que por qué to ellos han visto, e les fue presentado un nombramiento o prouision por el Padre Fray Domingo de Betanzos a ellos enviado, para que admitan e reciban al P. Antonio González Lozano como cura desta villa. Que estan puestas de lo dar fauor e ayuda que para ello necefsidad aya, e le admitian y admitieron en todo quento de derecho podían e deúan, e no más, es allende, e el dicho señor Capitán dixo: que él lo recibia, e recibido por tal, e le admitió afsí mefmo al dicho oficio. E todos lo pidieron por fee e testimonio, e firmaron de sus nombres. E por mandado de los dichos señores, yo el dicho eccleriano, notifique a Francisco Hernández fe dieffe por despedido de cura de la villa, firman».

El acta está firmada por el Capitán Luys de Mofcofo y los regidores mas no por los alcaldes.

Así fué destituido el segundo cu-

ra de San Salvador, pues parece que su nombramiento de cura tenía algunas imperfecciones canónicas, pues «no tuvo título eclesiástico, ni tomó la colación, y posesión canónica de dicho beneficio», según dice el Canónigo Dr. Santiago Ricardo Villanova, obispo de Santa Ana, en sus «apuntamientos de Historia Patria Eclesiástica».

En el Cabildo del «fiete de diezembre de mil y quinientos y treinta y uno», se recibió por vecino de la villa a ese cura Antonio González Lozano y le señalaron solar.

Este cura murió en 1575 después de haber hecho con los demás vecinos de la villa una fuerte oposición al establecimiento de casas conventuales en la villa, especialmente a la de Sto. Domingo.

IV

Los acontecimientos políticos, militares y civiles acaecidos en la Provincia de San Salvador, en los años de 1529 y 1530, aunque son bien conocidos, merecen ser tratados aquí.

San Salvador apenas contaba cuatro años de existencia cuando se vió amenazada, ya no por los indios como lo fué tres años antes, sino por

las fuerzas españolas comandadas por el feroz emisario de Pedrarias, conocido con el nombre de Martín Estete.

Era el año de 1529; San Salvador estaba en la Bermuda; Pedro Alvarado, era procesado en México; el Juez de residencia Francisco de Orduña había tomado el cargo de Teniente de Gobernador en vez de Jorge de Alvarado, y había enviado a San Salvador como Juez de residencia a Diego de Rojas, quien substituyó a Gaspar Arias D'Avila en el cargo de Teniente de Gobernador de la villa, habiendo tenido que enfrentar a una nueva sublevación de indios que tenían su asiento principal en los pueblos ultralempinos.

En ese estado de cosas, el capitán Diego de Rojas, armó una expedición a esos lugares con 60 sansalvadoreños y un cuerpo de indios comarcanos, comandados inmediatamente por sus Caciques, y éstos, desde luego por jefes españoles.

Esas fuerzas llegaron al Lempa, en donde empezó el combate con los indios de Oceloclán (Usulután) que trataban de impedirles la travesía, pero sin más éxito que el de herir a 20 soldados del ejército de Rojas: y una vez atravesando el río la lucha continuó, y derrotados los indios se retiraron a un peñol, al que pusieron sitio los castellanos durante un mes.

Durante ese tiempo, las fuerzas sitiadas se pusieron de acuerdo con los indios auxiliares de Rojas, y al saber éste lo que pasaba, instruyó proceso contra los Cacique de estas fuerzas indianas, condenó a la horca a los Caciques de Perulapán, Coxutepeque y otros.

Ese duro castigo que Rojas aplicó a los caciques no fué suficiente para consumir la conquista del peñol, y

un nuevo peligro apareció no lejos: Estete venía de Nicaragua, y Rojas tuvo noticias que a dos jornadas del peñol (13 leguas), al pie del volcán que humea (El San Miguel), estaba un ejército español.

Rojas, confiado en que «eran españoles», fué personalmente a averiguar de dónde provenía aquella gente, y fuese solo con cuatro jinetes, cuatro infantes y algunos indios auxiliares, y con ellos se encontró con Martín Estete que venía nada menos que con 119 peones y 90 de caballo con numerosos indios auxiliares y que marchaban a San Salvador.

Estete, sin ningún miramiento, prendió a Rojas y a los 8 españoles, mientras que los indios de éste corrían al peñol a dar la noticia, levantándose en consecuencia el sitio de éste y retirándose rápidamente a la villa de San Salvador, que se preparó a la defensa.

Estete, entró a la villa, quiso obligar al Ayuntamiento de San Salvador a que lo reconociese por Gobernador; pero los sansalvadoreños se opusieron, en armas y resueltos a rechazar por la fuerza las pretensiones de Estete, si éste por la fuerza trataba de realizarlas.

Ante la enérgica actitud de San Salvador, Estete no se atrevió usar de la fuerza, por temor al Rey, pues eran evidentes los derechos que asistían a la villa, y en consecuencia se retiró a Perulapán, en donde fundó la Ciudad de los Caballeros, nombró sus alcaldes, regidores, oficiales de justicia y tomó posesión de la provincia a nombre de Pedrarias y del Rey.

Mientras eso acontecía en San Salvador, el Gobernador de Guatemala vacilaba en el envío de refuerzos que había solicitado esta villa. A

esta solicitud reunióse el Cabildo de Guatemala en junta de guerra, bajo la presidencia del visitador Orduña, quien sostuvo que debían «seguirse todos los trámites legales», y, en consecuencia, «mandarse a un escribano a que requiriese a Estete para que pusiera en libertad a los presos y saliese de la provincia».

Estete, naturalmente, se rió del requerimiento y despachó al escribano diciéndole que había venido por comisión de Pedrarias a cuya Gobernación correspondía la provincia de San Salvador, y que está resuelto a lanzar de ella a todos los españoles que no lo reconociesen así.

Volvió el escribano a Guatemala con esa «insolente respuesta»; reunióse el Cabildo con asistencia de muchos vecinos, Orduña les dijo que había «que someter el caso a la audiencia de México», con lo que indignó al Ayuntamiento y vecinos, quienes lo requirieron para que fuese a visitar los límites de su jurisdicción, que llegaban, como se ha visto, hasta el golfo de Fonseca.

Contestó Orduña que iría si le daban la fuerza necesaria para la custodia de su persona; y habiéndose dado pregón para que se presentaran los que querían ir a esa expedición, se presentaron sesenta hombres, lo que sirvió de pretexto a Orduña para no ir, pues dijo necesitar por lo menos cien.

En vista de tanta desidia de Orduña, el Ayuntamiento encargó la expedición al capitán Francisco López, quien salió en marzo de 1530 de Guatemala hacia San Salvador, con los 60 españoles más indios auxiliares.

Estete, que como se dijo estaba en Perulapán, se encontró así amenazado al norte por San Salvador

(en la Bermuda) y al occidente por las fuerzas de López que venían de Guatemala, no quedándole otra salida que el camino que había traído, pues era cierto que si no salía por sí, iba a ser atacado e indudablemente derrotado y cargado de toda la responsabilidad moral y legal.

En consecuencia, Estete salió huyendo hacia Nicaragua, llevándose mil indios de Perulapán, Cojutepeque, etc., para herrarlos como esclavos, y como el Síndico de la Ciudad de los Caballeros se opusiera, lo mandó ahorcar, lo que indignó tanto a sus soldados españoles, que lo abandonaron; pasándose a las fuerzas de López, quien persiguió a Estete, sin poderlo alcanzar, pues huyó con unos cuantos amigos y fieles servidores.

Mientras eso ocurría en la provincia de San Salvador, Alvarado había llegado a Guatemala y sustituido a Orduña, y uno de sus primeros actos fué mandar a San Salvador al capitán Luis de Moscoso, por Teniente de Gobernador y Capitán General, con el encargo de castigar a Estete, si lo encontraba y el de fundar al otro lado del Lempa una villa española que garantizase la posesión de aquella parte de la provincia de San Salvador.

Cuando llegó a San Salvador el capitán Luis de Moscoso, ya Estete había huido, y mientras reorganizaba la villa, y atendía a la sublevación de indios que se había iniciado a causa de las diferencias entre los dos bandos de españoles, envió al Capitán Avilés a la región ultralempina con varios españoles, con los que fundó la villa San Miguel, en el valle de Poshotlán, al pie del Volcán (en donde hoy está) el 8 de mayo de 1530.

La lucha con los indios continuó

con intermitencia en el Occidente hasta 1555 y en Oriente (San Miguel) hasta 1537.

V

Respecto a la traslación legal de San Salvador de la Bermuda a su actual asiento, la fecha de 1539 dada por Juarros (once años después de 1528) es completamente aceptable.

Mi estimado maestro don Francisco Gavidia, hablando hace algún tiempo sobre el asunto, me manifestó que él siempre había creído que la traslación de San Salvador, de la Bermuda al Valle de las Hamacas (o de Cuzcatlán o Quetzalcoatlán) se verificó después de 1535, fecha en que los españoles lograron dominar definitivamente a los pipiles de Cuzcatlán y Costa del Bálsamo. Ese argumento del señor Gavidia es en mi concepto de gran peso, puesto que es evidente que la causa que hizo edificar en 1528 a San Salvador, lejos de Cuzcatlán, debe haberla mantenido allí en la Bermuda; después de los sucesos de 1526, en que los pipiles cayeron de sorpresa sobre los españoles, haciéndoles huir hacia el Lempa, fueron suficientes para hacerles comprender que mientras esos indios no estuvieran sometidos, para estar al abrigo de sus sorpresas, era prudente mantenerse lejos, en la Bermuda. Las campañas de 1533 y 1535 decidieron definitivamente la dominación española sobre los pipiles, y por lo tanto, a partir de 1535, los sansalvadoreños pudieron sin peligro regresar al antiguo su asiento, y así lo hicieron, como queda indicado, poco a poco, precediendo la traslación de hecho a la legal. Como la fecha de Juarros (1539) es posterior a la límite infe-

rior de 1535, podemos decir, que desde este punto de vista también es aceptable.

Hay otro documento que nos da la fecha de 1539 indicada por Juarros, para la traslación de San Salvador a la Bermuda a su actual asiento y es el informe que con fecha 21 de diciembre de 1549, dió el Oidor doctor Tomás López, a la Real Audiencia de que formaba parte, después de un paso de la ciudad de Gracias a Dios a la de Santiago de Guatemala por la Provincia de Cuzcatlán.

Hablando de la ciudad de San Salvador, dice así:

«Está asentado de diez años a esta parte, en un valle donde está un bolcán que no arde: e tiene cerca fuentes cálidas y un río que circunbala la ciudad al Sur y Oriente; su tierra es fértil y la gente buena y activa que es maravilla como en poco tiempo han hecho su villa como ciudad de grande y edificado buenas casas de ladrillo y piedras e maderas; la provincia es recia de gente y no hay corregidor, etc.»

Por eso se ve que hacia 1539 (1549-10) tuvo lugar la traslación de la Bermuda a su actual asiento; mas dado el gran desarrollo que tenía en 1549 y el hecho de que ya en 1545 le fué concedido el título de ciudad, indica que desde antes de 1539 empezó a efectuarse la traslación de hecho de sus moradores, siendo en 1539 la traslación legal.

También es probable que después de 1539 continuó existiendo en la Bermuda un resto de la población, la que se llamó después la Aldea o «villa de la Bermuda» para distinguirla de la otra San Salvador, llamada «ciudad de San Salvador», según el cronista Vásquez ya citado.

Ese resto de la villa de la Ber-

muda es el que desapareció, según nuestro historiador y sabio maestro doctor Barberena, poco después del temporal de 1541, pues como hemos visto, la traslación legal tuvo lugar en 1539.

En cuanto a las causas de la traslación hay algunas dudas.

Remesal, como se ha visto, dice que «en 1575 se trasladó la villa de San Salvador al lugar en que hoy está»; y como Remesal fué contemporáneo del suceso, su dicho tiene gran fuerza, pues de la traslación de 1575 debe estar bien informado.

Indudablemente, la capital de la Provincia de San Salvador debe haber sufrido una nueva traslación en 1575, mas no al lugar en que hoy está, sino en el que estaba cuando escribía Remesal, y a donde se ha-

bía trasladado a causa del terremoto del 23 de mayo de dicho año, y de donde regresó otra vez, la segunda.

Que cuando la ruina de 1575 ya estaba San Salvador en donde hoy está es un hecho indudable, pues consta en dos documentos irrecusables de la época; uno de ellos es el testimonio del cosmógrafo —cronista Juan López de Velasco y el otro, el del oidor Diego García de Palacio.

El cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco, en su geografía y descripción general de las Indias, escrita de 1571 a 1574 por encargo del Rey y en vista de documentos oficiales, hablando de San Salvador, dice:

(Continuará)

Fernando de Rojas

(m. 1538?)

Toledo fué el centro espiritual de la España medioeval, y uno de los grandes escritores de su provincia es el bachiller Fernando de Rojas, alcalde mayor de Talavera, cuyo linaje de judíos o de hidalgos está aún en controversia. Su *Celestina* (1499), aunque dialogada y con el título de comedia primero y de tragicomedia después, no es obra dramática, sino una novela extensa. Tiene por asunto los amores de Calixto y Melibea, jóvenes de noble sangre. Entre estas dos figuras gentilísimas resalta la de una vieja perversa, zurcidora de voluntades, que va y viene con recados de los amantes; la *Celestina*. Y en torno a ella, una cohorte de rufianes y de rameras. La dulce historia de amor se torna súbitamente en tragedia por un accidente mortal de Calixto, seguido del suicidio de Melibea. Es esta novela, una de las mayores obras maestras de toda la literatura española, se juntan por vez primera los dos aspectos básicos de la existencia: el más puro idealismo y el más crudo naturalismo, los más dulces coloquios y las más brutales reyertas, el fino lenguaje del caballero y el tosco y bárbaro del rufián. La fuerza cómica va aliada con el sentimiento poético, el análisis psicológico profundo con la visión luminosa del mundo exterior. En circulación e influjo literario, *La Celestina* es sola.

ROMERA NAVARRO.

C U E N T O S A L V A D O R E Ñ O

Toda la vida he sido yo un infeliz, un pobre maestro de escuela que ha vivido de milagro; pues nunca me he podido explicar cómo hace mi mujer para que mi exiguo sueldo llene las necesidades de nosotros dos,

La estupenda

más siete rapaces a quienes vestir y alimentar.

Muy excusable, pues, la sorpresa de mi digna consorte aquella vez cuando me vió llegar de afuera con un paraguas que no era el mío, que no podía ser el mío.

—¿Y ese paraguas?— me preguntó, suspendiendo su labor de costura y poniendo cara de pasmo.

Algo extrañado por la pregunta y por el tono, busqué con los ojos el artefacto aludido. Y mi sorpresa fué tan grande como la suya, si no mayor; porque ahí, colgando de mi antebrazo izquierdo flexionado, en vez de mi abominable paraguas de algodón, sin contera, con mango de celuloide amarillo imitando caña, y con cinco o seis inviernos auestas, había otro, nuevecito, de seda pura, con mango de madera negra. Ebano, seguramente.

Quedé aturdido por tan misteriosa transformación. Sin contestar a mi mujer, tomé a dos manos mi nuevo paraguas para examinarlo a mi sabor. Tenía incrustadas en el man-

go tres iniciales de plata, que no divulgo por no pecar de indiscreto. Al abrirlo, pude admirar la armazón metálica, negra y brillante, que dispondría una impecable comba de tela sin poro visible. Al golpear el extremo de las varillas con la yema del dedo, se producía un grato sonido de timbal, revelador del perfecto ajuste y coherencia de todas sus partes. Era, en suma, todo un señor paraguas de gran precio, con el cual, menguado consorcio podía hacer mi pobre indumento, apabullado en el fieltro del sombrero, juanetudo en los botines del becerro, deshilachado en la camisa, cundido de lamparones y remiendos en el terno color de pulga...

Durante el largo tiempo que invertí en el examen de la octava maravilla, mi mujer estuvo esperando que le aclarara el enigma de su procedencia. Impaciente, al cabo, repitió su pregunta:

—¿De dónde has sacado ese paraguas?

aventura

—Hija, yo qué sé—le respondí turlato.

Lo cerré con mucho tiento. Lo coloqué delicadamente sobre la mesa después de limpiar el polvo con la manga y me hundí en un mar de

A L B E R T O R I V A S B O N I L L A

confusiones. Y como la mirada inquisitorial de la señora me estaba poniendo nervioso más de lo conveniente, opté por encerrarme en mi cuarto bajo llave para meditar sobre tan inusitado acaecimiento.

No creí aceptable la hipótesis de una broma de mal género, como la de las babuchas de Abu-Casem. Esas cosas no se ven en la vida real. Son puras fantasías hilvanadas para entretener a los desocupados.

Descartada esa eventualidad y otras semejantes por absurdas, era de toda evidencia que yo, sin quererlo ni pensarlo, había despojado de aquel adminículo a su legítimo dueño; pero ¿dónde?, ¿a quién?

Después de reconstruir y analizar con todo detenimiento mis pasos de aquella tarde, vine a concluir que el atraco había ocurrido en el Ministerio de Instrucción Pública. En ningún otro de los lugares que había visitado era probable, ni siquiera verosímil, que hubiera podido estar el propietario de una prenda como la que yo detentaba; había estado en el mercado a tomarme una taza de chilate; donde un zapatero remendón, a ver por cuánto me les echaba medias suelas a los zapatos. También había comprado una caja de fósforos en un tienducho de barrio. Y nada más. Dueño de mis fósforos, me había encaminado al Ministerio, a una audiencia que el señor Ministro me había concedido, y en la cual pensaba lograr un aumento de sueldo.

Y, pensando en frío cómo habían pasado las cosas, me convencí de que yo había sido el despojado y no el despojador. La víctima y no el victimario. Pues siendo yo un ente sin importancia, el más insignificante de cuantos llegaron a hablar en esa fecha con el señor Ministro, fuí el

último en penetrar a su despacho.

Por cierto que, sin darme lugar a que lo saludara, el alto funcionario se puso a echarme una filípica tremenda por el hecho inconcebible de que yo, maestro de escuela, en la carta que le escribía solicitándole audiencia, me hubiera atrevido a deslizarse no sé qué herejía ortográfica.

No puedo ni quiero recordar todo lo que me dijo. Por supuesto que no me preguntó para qué lo buscaba, ni yo me hallé en valor de decírselo. En cuanto pude, me despedí de él con mil profundas reverencias y escapé con el corazón metido en un puño. Tan hondo era mi desconcierto, que no paré mientes en que me era desconocido el paraguas que acompañaba a mi sombrero en la percha de la antesala, y cargué con él. Es claro como el agua que, a aquellas horas, mi verdadero paraguas andaba ya en manos de un nuevo dueño, sólo Dios sabe por dónde.

Bueno. Pero esta circunstancia no me autorizaba para quedarme con el ajeno; entre otras razones, porque todo el que me viera llevarlo haría malos juicios sobre mi honradez, y con sobrada razón. Había que proceder a una restitución inmediata.

Fué tarea sencillísima dar con el propietario. Acudí al Ministerio al día siguiente muy de mañana; tanto, que encontré a los ordenanzas a medio hacer la limpieza. Conseguí que el portero me permitiera ver la lista de las personas que la víspera habían visitado al señor Ministro. Y allí, entre otros setenta y dos nombres, encontré uno cuyas iniciales coincidían con las de mi paraguas. Se trataba nada menos que de un magnate de la banca. Ya esperaba yo algo semejante.

Volví a casa. Envolví el famoso chisme en unos periódicos y me di-

rigi al domicilio del potentado.

Lo encontré en bata y pantuflas, fumando y leyendo los periódicos de la mañana. Aunque el sillón en que descansaba era de respetables dimensiones, sus reservas adiposas rebosaban por todos lados.

Correspondió a mi humilde saludo con leve inclinación de cabeza. Se puso el periódico abierto sobre el abdomen, se encaramó los anteojos sobre la frente y, sin hablar palabra ni invitarme a tomar asiento, me asestó una mirada interrogante.

—Señor —le dije—, perdone que venga a importunarlo tan de mañana.

Como no respondiera, renuncié a espetarle el discursito que llevaba prevenido... y que había olvidado por completo. Me limité, pues, a actuar, y desarrollé el cuerpo del delito.

Tan pronto como lo vió, se puso en pie de un salto, con una agilidad increíble, dado su volumen.

—¡Mi paraguas! — exclamó.

—Sí, señor — asentí con algo de susto.

—Y ¿cómo ha llegado mi paraguas a su poder?

—Señor, usted lo cambió por el mío ayer en el Ministerio de Instrucción Pública.

—¡No puede ser! ¿Con qué objeto iba yo a cambiar mi paraguas por el suyo?

—Una distracción, señor, cualquiera la tiene.

—Sí, pero cuando es en provecho propio. De manera que fué usted el equivocado y no yo.

—Me temo que no, porque cuando salí del despacho del señor Ministro, ya no había nadie en la antecámara. Creo, pues, tener derecho a afirmar y sostener —concluí amenazante— que es usted quien había

tomado mi paraguas mucho rato antes.

—Mi hombre se había vuelto a sentar.

—Es absurdo —dijo— todo eso que me está contando. Y dando por hecho que fuera verdad, usted estaba obligado a advertir que no era suyo el paraguas que se llevaba.

Pude haberle contestado que en la misma obligación estuvo él cuando se alzó con el mío; pero me lo callé, limitándome a decir:

—Sea como haya sido, esta discusión, en fin de cuentas está de sobra, puesto que he venido aquí nada más que a restituirle lo que le pertenece.

—De acuerdo —respondió—. ¡Y gracias a que lo traje envuelto! Que si no...

—Si no, ¿qué?

—¡Hombre! que ya lo habrían capturado. Porque ha de saber que desde anoche andan en su busca todos los polizontes de la República.

—¡Pero, señor...!

De pronto mi interlocutor se dió una palmada en la frente.

—¡Canastos! —dijo—. Ahora que caigo...

—¿Qué pasa?

No me respondió. Se había quedado pensativo mirándose la punta de una chancleta y levantándose la punta de la nariz con la punta del índice. Tocó un timbre. Fué a encontrar al criado hasta la puerta, sin duda para que yo no me enterara de la orden que iba a darle, y volvió a su sillón. Y empezó a preguntarme mil cosas que maldito si le importaban, y a contarme otras tantas que así me importaban a mí como el paralaje de Venus.

Alrededor de quince minutos habrían pasado en éstas y las otras, cuando el fámulo se presentó de

nuevo a la puerta. Y como si ello fuera una consigna para despedirme, el ricachón me tendió la mano.

—Espero que nos volveremos a ver pronto—me dijo.

—Tendré mucho placer —contestele—; pero quisiera... si no le es molesto...

—¿Qué cosa?

—...que me devolviera mi paraguas...

—¡Ah, sí, su paraguas!... ¡Hombre! le diré... su paraguas quedó ayer en el recipiente de la basura del Casino y, a la hora que es, ya estará reducido a cenizas en el crematorio, o le andará muy cerca; pero no se apure. Todo se arreglará mejor de lo que usted piensa. No se apure. Y hasta pronto.

Y me echó suavemente afuera.

Salí intrigado. Nadie me quitaría de la cabeza que toda aquella vacua conversación entablada conmigo, no tenía otras miras que retenerme mientras el sirviente volvía de evacuar alguna orden. ¿Cuál podría ser?

No hube de tardar en saberlo; a la puerta de la calle me esperaba un agente del orden que me echó el guante sin contemplaciones y me llevó preso...

La indigna felonía de aquel hombre sublevó todos mis sentimientos de probidad y de justicia. ¿Conque así pagaba mi honradez? Yo mismo lo reintegraba en la posesión de su paraguas abandonado, y ni siquiera me daba las gracias. Le reclamaba el mío, y lo daba cínicamente por perdido. ¡Y de ribete me mandaba a la cárcel como un vulgar ratero! ¡Ah, canalla!

En la estrecha celda donde me encerraron, no escandalicé con mis gritos de protesta, no arranqué las rejas de hierro ni demolí las pare-

des —que para eso y mucho más me sentía con alientos, tal era la rabia que me embargaba— por no empeorar mi situación. Eso sí: me paseaba a grandes trancos, vomitando como un poseído blasfemias y maldiciones, que espero no me tomará Dios en cuenta.

Pasado aquel paroxismo nervioso, quedé derrengado. Me tiré al suelo de barriga y, apoyando la frente sobre los brazos cruzados, lloré silenciosamente.

Por suerte, mi reclusión no fué larga. Todavía lloraba, cuatro o cinco horas después, cuando me abrieron las puertas poniéndome en libertad. Me levanté sonándome las narices y salí.

==

Todo lo narrado anteriormente podrá parecer raro, creo yo. No apurarse, que lo gordo viene después.

Ello fué que, frente a mi dura cárcel, había estacionado un lujoso automóvil, y en su interior...

No, no se vaya a creer nada extraordinario. En su interior no había nadie más que mi verdugo, cómodamente repantingado.

Sentí renacer mis iras centuplicadas. Ya buscaba con la mirada un palo, una piedra, algo con qué romperle la cara o el parabrasis.

Pero él ya estaba abriendo por su propia mano la portezuela y me invitaba sonriente a subir.

Y sucedió lo que no se me querrá creer: que obedecí como un autómatas; que me senté a su lado, inconsciente. Cuando me vine a dar cuenta de ello, no supe si tenía que bañarlo de insultos o cogerlo a puñadas.

Pero él no me dió tiempo de escoger. Me pasó familiarmente un brazo sobre los hombros, y me dijo:

—Usted ha sufrido un rato largo de encierro y ha perdido su paraguas, todo por culpa mía. Le ruego perdonarme y aceptar esto en justa compensación.

Y puso en mis manos unos papeles.

Los examiné maquinalmente. Eran unos billetes de banco y unos cheques extendidos a su favor y debidamente endosados por él a mi nombre.

Quise devolvérselos, preguntando:

—¿Qué significa ésto?

—Esto quiere decir —contestó rechazando el dinero— que mis amigos del Casino se quisieron burlar de mí, y les salió el tiro por la culata.

—Sigo en ayunas, señor. Si no es usted más explícito...

—¡Vaya! —respondió— Comencemos por el principio. Ha de estar usted en que ayer llegué al Casino como a las once de la mañana, hora en que acostumbro reunirme allí con algunos amigos para charlar un rato y tomar el aperitivo. Entrar yo con el adefesio de paraguas que usted sabe, y ponerse ellos a echarme pullas con la sana intención de tomarme el pelo, todo fué uno. Me reí al principio tanto como ellos; pero las cosas subieron al punto. La guasa aumentaba sin dar trazas de concluir, y me hicieron perder los estribos. Acabé diciendo pestes contra usted, es decir, contra el supuesto ladrón. Para no cansarlo, a tal grado llegaron a exasperarme, que los reté a concertar una apuesta temeraria: cien colones con cada uno de ellos a que en un plazo máximo de veinte y cuatro horas, habría recuperado mi paraguas y tendría al ladrón en la cárcel. Aceptaron encantados, creyendo que me ganarían infaliblemente; pero usted tuvo a bien devolver-

me el tan traído y llevado paraguas. Gracias a usted se cumplía la primera condición de mi apuesta...

—Y gracias a mí tenía que cumplirse la segunda. ¡Comprendo!

—¡Qué caramba! Yo no iba a perder así como así mi dinero tan imprudentemente comprometido en una apuesta descabellada. Por eso, muy a mi pesar, tuve que mandarlo preso. ¡No había remedio!

—Por eso dispuso usted de mí como de un trasto viejo.

—Vamos hombre, no me guarde rencor. El fin justifica los medios, ¿verdad? Nueve eran mis compinches, y los novecientos pesos que pagaron religiosamente, están en sus manos. Son suyos.

—Bueno —dije por guardar las formas—, pero no sé si debo...

—Claro que debe, querido. A usted le cuesta ese dinero y a mí me salen sobrando. ¿Para qué diablos iba yo a querer novecientos pesos cochinos?

Me declaré convencido. Metí en mi cartera el dinero. Me eché para atrás en los mullidos colchones del asiento, crucé una pierna sobre la otra y, para corresponder a la caricia de su brazo que todavía pesaba sobre mis espaldas, le pasé el mío por los riñones.

—¡Al café más aristocrático de la capital! —ordené al chofer con mucho énfasis.

—Vamos al Casino—puntualizó mi nuevo amigo con suave entonación.

En el Casino conocí a tres o cuatro de sus compinches. Buenos chicos todos ellos. Me festejaron. Me zangolotearon de lo lindo. Se interesaron por mi familia. Quisieron conocer mis impresiones de la cárcel. Quisieron saber en qué invertiría mis novecientos pesos. Y se reían

como descosidos por cuanto yo dijera. No parecían estar muy afectados por la pérdida de la apuesta.

Ya obscureciendo, bastante pasadito de licor, mi opulento amigo me llevó a casa en su automóvil.

Quedé parado en la acera viéndole partir. Al arrancar el auto se despidió con la mano y me dijo algo que no pude entender por el ruido del motor.

—Au revoir, mon chéri — le contesté, en inglés, para darme tono.

Y, por si me iba viendo a través del vidrio trasero, di un manotazo en el aire que por poco me hace perder el equilibrio.

Flotaba en el ambiente un delicioso olor a gasolina quemada...

Y así terminó la estupenda aventura...



TE QUIERO....

Hasta en una nube que pasa... Hasta en una nube
te recuerdo y veo, ¡ah inolvidable!
Mi ser, prisionero de nostalgia, sube:
se va con la nube, libre, inalcanzable.

Te recuerdo en todo, hasta en cada piedra.
En cada perfume, cada amanecer:
en el agua, el aire, la rosa, la hiedra,
el pájaro, el árbol, contemplo tu ser.

Y te llevo en mí, luminoso amor,
amor, luz de luz, adentro de mi dolor.
Juventud eterna, temblor de lucero,

frescura de agua, lumbre de emoción,
música y aroma, claridad, canción
que repite siempre: te quiero, te quiero...

J U A N A S O R I A N O .

DE SANTIAGO GASTALDI

PARA "ATENE O"

Mme. Hanska y BALZAC



BALZAC había llegado a conquistar fama universal. Infinitudes de cartas de sus admiradoras, le llegaron de todas partes del mundo. El 28 de febrero de 1832, el editor Gosselin le entregó una carta que venía de Rusia. Cuando el escritor la abrió, advirtió el siguiente seudónimo: L'Étrangère. Leyendo aquella carta advirtió que su autora era un espíritu elevado. Descubrió que aquella mujer estaba dotada de un gran refinamiento espiritual y era esto un nuevo bálsamo que vendría a calmar su vida afiebrada por el exceso de trabajo. Después de un año se habían dado cita para conocerse en Neuchâtel, hermosa ciudad de Suiza.

Antes de hacer conocer aquella entrevista, será menester recordar un hecho curioso del balzaciano belga Charles de Lovenjoul, cuando éste hizo el hallazgo de las famosas cartas de amor de la condesa Hanska y Balzac.

Caminaba Lovenjoul, por unas de esas calles desiertas, cuando de pronto vió rodar por el suelo un papel; y él que conocía algunos originales de Balzac, se apresuró a recogerlo. Se trataba de hojas de la correspondencia amorosa del novelista y Mme. de Hanska. Caminó algunos pasos más y advirtió otras hojas sueltas.

Esto denotaba un hallazgo y se puso a averiguar en los comercios adyacentes. Dió al fin con el famoso lote. Un comerciante lo había adquirido para envolver pimienta y sal.

Las vistas poéticas del lago Neuchâtel, los senderos cubiertos por frondosos árboles, había hecho aún más bello el encuentro con la condesa de Hanska. Ella casi tímida, con temblorosa mano, simulaba que leía, pero en tanto miraba a los transeuntes que en esa hora crepuscular se paseaban por la orilla del lago. Había escogido un banco, propicio para poder admirar los más bellos panoramas. El esposo que ignoraba aquella cita amorosa, se mostraba indiferente, en tanto ella sentía latir fuertemente su corazón...

De pronto se aproximó un joven bastante grueso, de rostro lozano, aunque surcado por algunas arrugas, signo de excesivo trábajo mental. Ojos brillantes, nariz cuadrada, labios gruesos y debajo un bigotito a lo Richelieu.

Cuando la figura extraordinaria de Balzac se aproximó, la condesa se puso temblorosa. Sus manos ya no pudieron sostener la novela «La Grenadière». El novelista se aproximó para alcanzársela. La condesa pronunció dulcemente:

¡Honoré!...

Balsac la saludó con reverente inclinación. Se habían conocido.

Neuchâtel c'est comme un lys blanc pur, plein d'odeurs pénétrants; la jeunuse la fraîcheur, l'es poir, le bonheur entrevu-le había escrito Balzac, después de aquella entrevista.

Dos meses más tarde, el novelista había estrechado vinculación con los Hanska. Entonces se encontraban en Ginebra. Frecuentes excursiones le permitieron admirar aquella condesa que tantas bellas cartas le había escrito desde el castillo Wierzchownia.

En las plácidas tardes, solían ir a visitar la villa Diodati. Así podían recorrer juntos los ribazos que bordean Cologny, donde se halla la célebre mansión del poeta inglés Byron. Gustaban visitar las habitaciones de la villa Diodati, donde ha-

bía amado y sufrido el poeta.

En las páginas de la novela Alberto Savarus, nos refleja pasajes de esta romántica excursión. En una de las habitaciones, cuando el guardián se hallaba ya lejos, Balzac tomó a Mme. de Hanska por la cintura, ella en tanto circundó con sus brazos de piel tersa, el grueso cuello del titán y las bocas se juntaron en un beso infinito. Era el vacío de Pablo y Francesca, que tanto admiraba el propio Balzac.

Transcurieron 17 años. Cuando resolvieron casarse, el Emperador de Rusia se opuso. La condesa elevó su demanda al Tribunal. Las leyes eran inflexibles, y no se podía sacrificar a una condesa para unirla con un plebeyo.

La condesa de Hanska, renunció a sus derechos, según lo prescribían las leyes, y el 14 de mayo de 1850, se casaron en Berdytenoff.

S A N T I A G O G A S T Á L D I

Montevideo. 1944.

Una Conferencia Sobre

EL LUNES, 17 de abril, último de 1942 asistí a una conferencia que en la Universidad Nacional, dictó dentro de las actividades del Ateneo de el Salvador, el Encargado de Negocios de Chile, Doctor Humberto Díaz Casanueva.

No es buena mi memoria y a la fecha conservo apenas, recuerdos muy vagos de lo que el conferencista dijo. Cuando lo estaba oyendo me gustaba: habló fuerte, con clara entonación, sin titubeos; su dicción no sólo es correcta sino florida y agrada.

Siendo el *Arte* el tema de su estudio quise ilustrar el punto con algunas lecturas y de entre mis libros extraje «Estudios Literarios» del escritor Calixto Oyuela y me di a la búsqueda de lo que deseaba y tuve el gusto de encontrar bastante y bueno, lo que leí con atención y agrado. Noté discrepancias entre el literato argentino y el discurso del chileno Díaz Casanueva, quedando gratamente impresionado de la obra escogida y con deseos de seguir leyéndola en lo sucesivo.

Esa obra la había tenido en mis manos muchas veces, en lo anterior, y había leído, salteados, varios párrafos de diferentes artículos, pero no me había interesado mayormente, dejándolo luego con la displicencia del aburrimiento. Desde el día de la consulta en que llegué a ella con un propósito concreto descubrí su fondo brillante, horizontes amplisi-

mos y los altos quilates del pensar de su autor y me he dado gustoso a la tarea de leerlo, particularmente en sus artículos dedicados a la crítica valerosa, constructiva e implacable, no contra pollos implumes del terruño, sino contra maestros admirados, ya discutidos y aceptados en otros cenáculos artísticos, antes de actuar en Buenos Aires, hallándoles el lado de la menor resistencia, que les resta méritos para entrar al templo de los ungidos donde ofician los artistas integrales.

En cuanto a mi propósito, dije ya que noté diferencias de apreciación entre los dos escrito-

res. Díaz Casanueva aboga porque los americanos, *los hispanoamericanos*, se emancipen en cuanto al arte. Oyuela asegura que la raigambre de todo lo que poseemos en materia de arte y de ciencia, como de religión y de idioma, es europeo como no podía menos, ya que todas esas modalidades de la civilización fueron traídas por los conquistadores; que lo autóctono es muy incipiente y casi no existe; por consiguiente seguimos siendo tributarios de nuestros descubridores y civilizadores de quienes es la propiedad de lo que nos trajeron aunque a su vez lo hayan tomado de otras fuentes, puesto que los europeos no fueron los inventores y sí imitadores de lo asiático y africano; y nosotros lo mamamos en la leche española que con su sangre nos inyectaron los hombres heroicos de

“ARTE”

Por JOSE LINO MOLINA

que todos tenemos noticia por los relatos de la historia, ampliados con el aporte de las inmigraciones cultas que no dejaron de arribar continuamente a estas tierras de promisión de la América India, europeizada.

No es mi propósito ahora, ni creo que lo será alguna vez, dada la insuficiencia de mi preparación, hacer un apunte sobre arte, no poseo tantos conocimientos para ello y no habrá ocasión, creo, que me lo permita. Quería más bien referirme al hallazgo del magnífico libro de Oyuela, el cual desde ahora leeré con interés, pues los asuntos que palpitan en la obra, nos interesan tanto a los de ahora como si hubieran sido escritos ayer en vista del movimiento actual de muchas necesidades y actividades literarias.

Confieso que, desde un día que en una exposición pictórica de no sé quien, en las galerías exteriores de la Universidad Nacional, oí a Miguel Ortiz Villacorta, el pintor salvadoreño, su opinión de que, *el parecido* nada tenía que ver con el arte, pues para ello estaba la fotografía, hay cierta confusión en mi espíritu acerca de ese particular.

Había leído en *Los Civilizadores*, de Alfonso de Lamartine y me había compenetrado de ello, hasta haberlo evidenciado para mí, que el arte no consiste en otra cosa que en *copiar fielmente la naturaleza* y que el mejor artista era quien mejor sabía interpretarla y en tal interpretación entra en primer término la semejanza, el parecido, la copia fiel en lo que en ella haya de bello y todo es bello si se encuentra su fuente en algo que existe. Según la opinión del pintor mencionado, que sin duda es la general que cunde entre pintores, el parecido es desechado como algo que se opone a la esencia del

arte y se deja para la fotografía, que es una rama del arte, pero en la que el hombre no pone su poder creativo, ya que es efecto de la luz. En ese caso el retrato a pincel, es una interpretación del artista y el rostro y demás partes del retratado no son los que debiera haber tenido para ser hermoso.

Se admite que el artista debe corregir a la naturaleza, es decir no copiarla servilmente; pero, creo que tratándose de lo que no es bello. Díaz Casanueva censuró a los que aplauden el parecido como lo supremo en el arte y trajo a cuenta, como algo infantil, la admiración de los que vieron unos pájaros que picoteaban un gajo de uvas, tan bien pintadas que se engañaron al verlas en el lienzo. Entonces el artista, el pintor particularmente, debe ser un *creador* y al decir creador, pintar cosas bellas tal como él interpreta la belleza, aunque no existan. Ese artista se apartaría de la vida y su arte sería inverosímil, fantástico, imaginativo, sin nada con que compararlo en la existencia, nos parece.

Ya tenemos «Fantasía» de Walt Disney, en muchos de sus pasajes, ciertamente, obra imaginativa; pero con su punto de partida en la tierra y en las cosas vivas. Presenta una *banda* o línea que muestra el efecto que, según él, producen en la atmósfera y en nuestros oídos los sonidos de los diversos instrumentos musicales que los modulan; esos efectos son hijos de un pensamiento sutil que hace de la intangibilidad de los sonidos una materia plástica que se puede extender al antojo de quien la manipula, disímil de la realidad, pero que es una bella realidad en la mente de quien la concibió y le dió vida.

Es una proyección de luces en que los puntos y las líneas se agrupan, se extienden, se multiplican, se esparcen en haces prodigiosos y no son imágenes de ninguna realidad, sino figuraciones de cosas bellas del gran dibujante que se llama Walt Disney. Algunas de las figuras producidas en la pantalla se parecen a las que resultan en una tira de papel que se dobla y dentro del pliegue se pone una cabeza de mosca presionando por fuera para que la sangre salga y se desparrame, al desdoblarse aparece una forma simétrica, rara y bella que no es obra del arte, sino del ocio de estudiantes en sus horas de fastidio en los largos ratos de estudio.

Puede que Walt Disney sea un precursor y que en lo que en la actualidad nos parece sueño, producto

de habilidad suprema y de buen humor, sea un anticipo de lo que la fotografía pueda llegar a captar en los ostensibles progresos de ese arte que la ciencia ha prohijado por los innumerables recursos que ofrece a hombres que se dedican a la investigación. Se están viendo tantos y tan magníficos resultados que lo imposible va siendo descartado de las actividades del hombre, al menos en lo que respecta a este bajo mundo. «Fantasía» de Walt Disney, es uno de esos jalones que al arte aporta a la ciencia y más tarde algunos ojos verán sin sorpresa, pero no sin maravillarse, realidades ahora inconcebibles que nos parecen sueños delirios y divagaciones.

San Salvador, martes 12 de mayo de 1942.

Apuntes Sobre la Poesía China

Por JUAN MARIN

La Poesía es en China una hermana menor de la Pintura y ambas tratan de sugerir «estados de alma» frente al Universo o frente al paisaje que es una expresión de aquél.

«Poesía es Pintura», escribió Mi-Fei, en el año 1057, en pleno Renacimiento Pictórico, bajo la Dinastía Sung. Y un célebre discípulo de Lao-Tszé, pudo decir:

«Un poema es un cuadro vivo»

El poeta solo entrega el TAO de una idea así como el pintor sólo nos ofrece el TAO de un paisaje:

«I-Tao-pi-pu-Tao»

(Si tenéis la idea podéis prescindir aun de escribirla).

Pintura y Poesía pertenecen a la órbita del Taoismo, así como la Música fué arte de Confucionistas y la Escultura es hija predilecta del Budismo.

El universismo mágico del Taoismo, se esforzó por refundir todas las Artes en un solo cauce potente.

Dijo Kuo-Hsí, en el siglo XI:

«Pintura no es más que que caligrafía».

Y Chen Chí-jú en el siglo XVI:

«Pintura es Música escrita».

Para el poeta chino, el alma de la frase es mucho más importante que la expresión misma.

Hsieh-Hó, en el siglo V. D. C., escribió:

«El espíritu vivo y el corazón pulsante serán expresados por el artista allí donde la pluma sólo puede dar el esqueleto anatómico del objeto o de la idea.»

Y el llamado «Príncipe de la Literatura china, Han Yü, describió y definió la Poesía en estos términos:

«Todos los seres pueden resonar cuando pierden su equilibrio interior; el árbol y las plantas no tienen voz, pero cuando la tormenta los sacude, ellos cantan; el agua no tiene voz pero cuando sopla la tempestad, ella canta; el metal y la piedra no tienen voz, pero al ser golpeados por el mazo, ellos cantan también... Tal es el caso del hombre: la Palabra es el sonido perfecto de los seres humanos y la perfecta Palabra esa es la Poesía. Así también, el Cielo elige a aquellos que son más aptos para la expresión y les concede la gracia de la Poesía...» (1)

Del mismo modo que la figura humana casi no aparece o solo tiene un valor accidental en el Paisaje chino, así también el «yo», el Ego, (esa terrible «primera persona del singular») de la literatura occidental, es prácticamente desconocido en esta Poesía. Apenas surge como un leve esbozo, como un valor de contraste, como un rasgo marginal en el conjunto del poema. Pues el poeta chino —como el hombre de Oriente en general— es «cosmo-céntrico», en oposición al hombre de occidente que es «homo-céntrico». Para el poeta chino lo que cuenta es el Cosmos, el «Atman» o «Espíritu Universal» de los Vedas y Brahmanes si es budista, TAO o el Gran Camino con su universalismo mágico, si es taoista.

Generalmente se reserva a lo subjetivo apenas un renglón, o dos, al final del poema, para sugerir, con leve pincelada que es casi «pictórica» y no poética, el «estado de alma», la expresión del sentimiento o emoción del poeta. Véase este poema de Li-Pó (también llamado Li Tai-Pé por los traductores franceses), poeta de la Dinastía Tang, considerado con justicia como el más grande poeta de China y de todo el Oriente. (705-762 D. C.):

«Ay! Parece que era solo ayer la Primavera!
¡Los ruiseñores cantando entre el follaje!
Ahora, hasta la hierba más humilde
marchita está... Y el aire sin fragancias.
Sopla un viento helado y mortal.
Ha llegado el Otoño! Desde el cielo,
azul y frío,
caen las hojas secas como lluvia.

1) — Esta tesis sobre el valor de la Palabra como Poesía está en abierta pugna con la idea central del reciente y magnífico libro del poeta peruano Alberto Hidalgo: «Tratado de Poética».

Y en la noche,
 austera luce la Luna glacial.
 El grillo canta su desesperanza.
 Mi corazón lamenta
 todas las flores que la escarcha ha marchitado...!»

El afán fundamental del poeta es el de entrar en comunión con la naturaleza, de identificarse con ella, gozando con sus bellezas y sufriendo con sus inevitables manifestaciones de decadencia y muerte. Véase este otro poema del mismo autor:

«El viento del Este acaricia los árboles.
 Sobre las aguas y las ramas, por doquier
 estalla la Primavera espléndida.
 Un sol blanco ilumina las hierbas verdes
 y las flores caídas que el viento dispersa
 y la nube solitaria retrasada
 junto a la cima de la montaña desierta.
 Ahora los pájaros se acomodan para la noche;
 ¡felices ellos! Cada uno tiene su compañera,
 mientras que yo estoy solo,
 sin nadie a quien confiar mis penas.
 Entonces, contemplando
 los fríos peñascos iluminados por la Luna,
 yo sólo quiero prolongar mi ebriedad y mi abandono
 a fin de mejor cantar todos los dulces
 perfumes de la Primavera...!»

La filosofía universista de Lao-Tszé y Chwang-tszé ha calado muy hondo en la Poesía China. El poeta chino no es, en resumen, sino un intérprete de la naturaleza, un pintor del lenguaje, un filósofo capaz de expresarse en ritmos. Y estos ritmos son, más bien, de calidad pictórica que lírica.

J. M.





UN CUENTO DE ELEFANTES

Por JOSE MARTI

PARTIDAS enteras de gente europea están por Africa cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores.

Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que les chupa la piel a los bueyes hasta que se las seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, en calcular cuándo llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tienen muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa en medio de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la hierba, con las patas de atrás estiradas.

Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando a donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fue larga; los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas: los europeos, escondidos

en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles; las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran hierbas de hielo: los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió en seguida y vino mugiendo; alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre; con la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal; no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caer, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador, y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se la agarró, en el miedo a la muerte, de una pata de atrás. Sacudirse lo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacu-

de la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca su cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre corre a chorros y el animal, enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas

veces, y la vacía sobre la herida; la echa, con fuerza que le aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a la honda el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla, y se derrumba.

== ==



GRAMATICA Y LINGÜÍSTICA

P O R J . G O N Z A L E Z M O R E N O

I – Criterio Gramatical

CRITERIOS diferentes son el del gramático y el del lingüista. El gramático pretende *crystalizar, congelar* el rumoroso y espléndido torrente del lenguaje, que se precipita de lo alto de una roca, forma remansos apacibles o se desliza, suavemente, para volver a saltar y a correr, hasta confundir sus aguas con las aguas del río «que va a morir en la mar».

El arte del gramático es el arte del disecador, empuña el escalpelo y desmiembra cadáveres. Solemnemente examina las distintas partes y rigurosamente las clasifica. Colócalas, después, en las frías vitrinas de su lóbrego museo, en la *morque* silenciosa de las palabras muertas, conservadas por el soplo helado de doctrinas fosilizantes.

El gramático quiere que permanezca inmóvil lo que, por su misma esencia, es mudable; intenta que la palabra se petrifique fonética, morfológica y semánticamente; exige que

la sintaxis de la frase y de la oración sea idéntica en todos los tiempos. Y de aquí provienen, como corolario, las denominaciones absurdas y las definiciones incorrectas, el moldeamiento forzoso de la conjuración romance en la conjugación latina, la protesta contra la introducción de neologismos en nuestro léxico, el desprecio a las innovaciones populares, la mala comprensión de los fenómenos psicoanalógicos, la confusión entre las admirables creaciones del pueblo y la ilógica de patología verbal, el entronizamiento de doctrinas sin base científica, pero ampulosas, dogmáticas, propias de un dominio del medioevo.

Otra es, sin embargo, la realidad, la sucesión armónica de los hechos. El altivo legionario que conquista a Hispania pronuncia, orgullosamente, verbigracia, la palabra *apícula*. El hispano conquistado, menos vigoroso que el romano, suaviza, inconscientemente, la «p» intervocálica, v

dice *abícula*. Siglos más tarde, dentro del mismo latín, viene la *abreviación postónica*, y *apícula* (*abícula* en Hispania), pierde la vocal de su penúltima sílaba: *apicla*, *abíccla*. Al desaparecer la *cantidad vocálica*, es decir: al borrarse la diferencia, en tiempo, que existía entre las vocales breves y las largas, surgen nuevos sonidos en el latir del pueblo y la «i» breve, acentuada, se convierte en «e», *apicla*, *abíccla* = *apecla*, *abecla*. Estamos en el siglo II después de Jesucristo. En cinco siglos la palabra ha evolucionado de una manera *gradual, insensible, por etapas sucesivas, sin solución de continuidad*. Las igualadas *apícula* = *abícula* = *abíccla* = *abecla*, son insuficientes para representar la *infinitud de matices fonéticos* que tuvo ese vocablo, en los cinco primeros siglos de su existencia hispanolatina.

Posteriormente, al terminar la fase romana primitiva, que es la que hemos simbolizado con las últimas ecuaciones del ejemplo anterior, fase evolutiva que fué común a toda la *Romania*, a todo el mundo latinizado, se divide la tendencia lingüística, acomodándose a las nuevas circunstancias históricas. Así, por ejemplo, en Galia y en Hispania, el grupo latino romance *c'l* transforma su *c* en *yod* (*i* consonante), suprimiendo, poco a poco, el fonema «l»: *abeia*, que llega a ser *abeja* en el moderno español.

Y conste que sólo hemos hablado de la *evolución fonética*, omitiendo la *simplificación morfológica*, tan importante y trascendental en la génesis lingüística, y que nada decimos de la *mutación semántica*, que desvanece, en el romance, el valor diminutivo de *apícula*.

El idioma no es, pues, «algo» *estático, como juzgan los gramáticos*. Es,

por el contrario, «algo» *dinámico*, que se desarrolla en el espacio y en el tiempo. Las represas que se opongan a su corriente podrán detener, por algún tiempo, su carrera, pero nunca contenerla o anularla definitivamente.

Lengua que se estanca, que se detiene en su evolución, es lengua que muere. Usando de otra semejanza, diremos que el lenguaje es un organismo vivo que reside en un ser vivo. Y es un axioma el que *vida y evolución* son dos expresiones de una misma realidad objetiva.

Criterio científico, en contradicción con la lógica de los hechos; afán de considerar como muerta una cosa que vive, como inmóvil una cosa cambiante, como idéntica a sí misma una entidad polimorfa: he aquí la característica de la escuela gramatical aplicada rigurosamente a una lengua viva.

Porque la *norma* para nuestros gramáticos es la *aceptación* incondicional del vocabulario clásico, fijado caprichosa y rutinariamente por la Academia Española de la Lengua, a pesar de los siglos que nos separan de los clásicos y no obstante la tendencia dialectal y renovadora que se observa en el español de América. En este capítulo sólo se consigna, en el Diccionario de la Academia, a guisa de benévolas concesiones, uno que otro provincialismo o palabra de procedencia autóctona. Norma es, también de los gramáticos, el purismo, el desprecio absoluto a toda palabra popular y la resistencia al empleo de la voz extranjera, o simplemente no castiza, aunque esa voz sea indispensable para la más clara y rápida manifestación de una idea nueva, o de nuevas relaciones entre las ideas existentes.

II – Criterio Lingüístico

Todos los fenómenos idiomáticos son *hechos* para el lingüista, hechos que recoge con cuidado y que cataloga cronológica, topográfica y distributivamente.

El criterio es *amplio, racional y objetivo*. El lenguaje moderno español se compone, para el lingüista, de palabras tradicionales, fuertemente evolucionadas, aprendidas por el pueblo hispánico hace más de dos mil años y legadas a las diversas generaciones, que las han conservado en su esencia y modificado en su aspecto. Consta, además, de reproducciones *literales* de vocablos extranjeros: latinos, griegos, árabes, germanos, romances, etc. Estas voces son *imágenes o fotografías*, en español, de palabras extrañas al castellano, algunas veces ligeramente retocadas. Por último, otra parte del léxico está constituida por palabras *introducidas tardíamente o influidas por la pronunciación erudita* y que el pueblo sólo ha modificado en determinados aspectos.

Supuesta la *cronología* de la palabra, es imprescindible, para el conocimiento íntegro del idioma, el estudio de la *distribución topográfica* y aun *clasista* del vocabulario.

Porque el tesoro léxico del pueblo varía según las regiones del dominio lingüístico español y según las clases sociales que hablan el mismo español. Y, así, la evolución fonética y morfológica se retarda en algunas zonas, mientras corre, sin freno, en otras. Una es la pronunciación tabasqueña, por ejemplo, y otra la pronunciación jalisciense.

Además, *el número y la calidad de*

las palabras empleadas depende de factores complejos. Pueblos enteros de nuestra República, alejados de las grandes capitales, y *degradados biológica, ética y económicamente*, apenas si balbucen dos o trescientas palabras: las estrictamente necesarias para su vida primitiva, lamentable. Con silabeo lento y trabajoso nos dicen expresiones angulosas, símbolos de ideas puramente concretas, de objetos materiales casi siempre, dicciones sin evolución, sin vida, que guardan dolorosa armonía con su existencia, que se desliza, también casi sin vida, desde hace centenares de años.

Por el contrario, en regiones donde han progresado la ética, la biología y la economía, se habla un español infinitamente menos pobre. Al lado de la voz genuinamente castiza, sabrosamente arcaica muchas veces, se oye la voz moderna: el neologismo y la voz evolucionada. El campesino del Bajío, andaluz cantador de nuestra Patria, posee el don del *buen decir*, mientras que el obrero de la capital es tardo y poco pintoresco, tautológico y amante de germanías.

Y el lingüista *recoge* todos estos hechos. Y los cataloga y los estudia y nos ofrece el aspecto *total* de la vida lingüística del pueblo y deduce las leyes fatales, necesarias, como todas las leyes físicas, que han fijado la evolución, que han hecho posible la existencia del *aspecto actual del lenguaje hispanomexicano*, verdadera prolongación, en el tiempo y en el espacio, del idioma latino, acrecentado, *en su vocabulario*, pero sin modificación en su *esencia romance*.

III — Criterio Lingüístico Gramatical

La gramática, como gramática, es una disciplina *normativa*, que debe sintetizar en leyes los fenómenos del habla *en una época determinada*.

En rigor, toda gramática debía comprender *dos secciones*: Gramática del idioma culto, y Gramática del idioma vulgar. Sin olvidar que el lenguaje del pueblo es la *vanguardia*, y el de los eruditos la *retaguardia* del idioma.

El latín popular, que subsistió paralelamente, durante siglos, con el latín clásico, celebró las exequias de este último y siguió su carrera victoriosa, hasta que, a su vez, fué desplazado por el romance.

El español de Alfonso el Sabio, con léxico seleccionado entre las palabras de su tiempo, con su ruda morfología y su semiáspera fonética, con su sintaxis vacilante y su ortografía caprichosa, quedó, bien pronto, a la zaga del «devenir» lingüístico del español y sólo resta como venerable monumento de una fase de la evolución hispano-latina.

El *decir* del pueblo se refleja en el *hablar* del erudito, y viceversa. La corriente idiomática se detiene, débilmente, por el esfuerzo del letrado, pero luego sigue su curso, que llega a convertirse en torrente impetuoso, que inundará y aun

arrancará de raíz las últimas porciones de los vocablos no evolucionados.

En los dos extremos de la cadena lingüística de nuestro romance encontramos al latín y al español, que contienen *dos literaturas*, pero un *sólo lenguaje*, cuya existencia arranca del primitivo *indoeuropeo*, a través del *itálico*, y cuyos aspectos o fases reciben los nombres de Latín y Español, *diferenciados cronológica, topográfica y aun sociológicamente*.

La tarea del gramático moderno será, pues, tomar como fundamento a la lingüística y establecer las normas para el correcto uso del vocabulario y sus diversos enlāces. Pero no de un modo caprichoso, sino *conforme al aspecto actual del idioma*, sin rechazar, a priori, las dicciones y los giros formados por el pueblo.

El censo de los habitantes de una nación es la lista de los ciudadanos *no muertos*. El Dictionario de un idioma, en un año o en un período determinado, es la lista de las palabras *no muertas*. Ni aun a título de homenaje deben incluirse voces que usaron los clásicos, pero que no usa el pueblo de alma hispana. Ni como honor póstumo se inscribe el nombre de los héroes de la Independencia en un censo de 1937.

“De Shanghai a San Salvador”

POR SANTIAGO GASTALDI

Presidente de la «Confraternité Universelle
Balzacienne». — Montevideo, Uruguay.

Al enterarnos, por intermedio de la prestigiada revista «ATENEIO» de El Salvador, de que el ilustre viajero Dr. Juan Marín se encuentra en San Salvador, aprovechamos esta feliz ocasión para hacer llegar un saludo al amigo y Miembro de la «Confraternité Universelle Balzacienne».

No diremos nada aquí de sus difundidos libros, de sus correrías por el mundo, ni de su infatigable labor que ha culminado en obras positivas. Sólo nos limitaremos a mencionar aquí, en breves palabras, algunas de sus actuaciones que, con tanto éxito, realizó en Shanghai en pro de nuestra obra. El Dr. Marín representaba en China, aparte de su alto cargo diplomático, la corresponsalia de la «C. U. B.» para todo el Extremo Oriente, y en verdad, sus gestiones dieron excelentes resultados.

Vimos cómo su acertada actuación se desarrolla en el «Journal de Shanghai», diario en el cual da a conocer, para toda el Asia, nuestro movimiento balzaciano. De aquella intensa actividad de intercambio intelectual resultan valiosas adquisiciones para nuestra obra: se unen al movimiento balzaciano, el Prof. Joseph Debergne, catedrático de la

«Université L'Aurore» y el propio Director del diario en que escribe, así como también otros numerosos hombres de letras. Este intercambio intelectual es tarea que ofrecè muy buenos resultados y por pequeña que sea a veces la información, ella basta para mantener al corriente a los amigos y co-miembros ausentes y colegas. Hace años se hacía en «Les Nouvelles Littéraires» este intercambio intelectual con Armand Pierhal y con Francis de Miomandre.

En Budapest, en la «Gazette» de Hungría, el Dr. Paul Rómar también participaba de las informaciones de la «C. U. B.», así como Georges Bergner en «Le Goeland» en la sección «Petits Moments Balzaciens». Por su parte, Boy-Zelenski, en «La Pologne Littéraire» nos ofrecía una información literaria semejante.

En fin, por todos los buenos oficios que nos ha prestado el Dr. Juan Marín durante su permanencia en China, queremos dejar constancia de nuestro profundo agradecimiento y esperamos que ahora en El Salvador tendrá oportunidad de desarrollar una interesante e intensa labor literaria en el mismo sentido.

S. G.

Sobre la

LIBERTAD de PENSAMIENTO

por *Salvador de MADARIAGA*

SE ha celebrado en el P. E. N. Club de Londres el tercer centenario de la publicación de la *Areopagítica* de Milton, con una conferencia sobre la primacía de los valores espirituales. Aunque la *Areopagítica* es quizá uno de los primeros alegatos en pro de la libertad de imprenta, y es además justamente célebre por el vigor de su estilo, confieso que tenga ciertos escrúpulos en considerar a Milton como un apóstol de la libertad intelectual, no porque le faltasen fuégo, convicción y sinceridad, sino porque a mi ver careció de ciertas facultades indispensables para tan honroso papel histórico.

Tres condiciones estimo debe tener todo buen defensor de la libertad de pensamiento: ha de haber examinado los fundamentos de su propio pensar para que el que pide libertad, ha de estar dispuesto a conceder tanta libertad al pensamiento ajeno como pide para el propio; y ha de velar por la pureza de su actitud a fin de que no se mezclen en ella ni motivos indignos ni bajas pasiones.

Grande es mi admiración por Milton, el poeta. Pero Milton el polemista me parece haber fracasado lastimosamente ante los tres criterios apuntados. En cuanto a los fundamentos de su pensar, bástenos constar que una generación después de

Bacon y un siglo después de Vives, ambos definidores magistrales del pensamiento por la observación y la experiencia, Milton sostiene todavía el pensamiento por autoridad. La *Areopagítica*, su obra maestra en pro de la libertad de imprenta, se publicó en 1644. En 1673, un año antes de su muerte, publicaba Milton un folleto sobre «la Religión, la herejía y cómo reprimir el papismo», en el cual establecía como religiones verdaderas a las protestantes, y como herejía al papismo o catolicismo, alegando como fundamento textos de las escrituras. Con lo cual basta para dejar sentado que Milton no había escudriñado bastante su propio pensamiento antes de salir a la palestra pidiendo su libertad.

Pero ¿qué importa? se dirá. La libertad de pensamiento es una cosa, y la calidad del pensamiento que se libera es otro. Desde luego. Pero no hay nada más peligroso que una libertad ganada por o con razones turbias. La libertad que se pide ha de servir para todos. El que pide libertad en nombre de una ortodoxia estrangula a la libertad en cuanto llega al poder. La misma historia de la *Areopagítica* lo revela. Se escribió como un llamamiento al Parlamento incitándolo a que abrogase una ley recién votada reforzando la censura previa de libros establecida en tiempos de María Tudor, y man-

tenida desde entonces por todos los monarcas. Pero ¿qué Parlamento era aquel? Una Cámara de presbiterianos que mientras estuvieron en la oposición abogaron a voz de grito por la libertad de la imprenta y que una vez en el poder encadenaron la imprenta y la opinión. Desde luego no hicieron caso ni de Milton ni de su Areopagita. Y en cuanto al propio Milton, que con tanta elocuencia abogaba en 1644 por la libertad de imprenta, en 1673 explica a sus correligionarios que los protestantes faltan a sus propios principios cuando no son tolerantes para con sus opiniones respectivas, persiguiéndose unos a otros, lo que solían hacer constantemente; y a renglón seguido sienta como principio que el catolicismo no se puede tolerar.

Castígame mi madre y yo tróm-pogelas. Aquí se ve como Milton por no tener bien sentado su propio pensamiento, niega libertad al pensamiento ajeno. Hay una argumentación plausible en contra de la tolerancia, para con toda ortodoxia, ya sea católica ya marxista. Es la de Renouvier. «No se puede ser tolerante para con la intolerancia.» Si Milton se hubiera apoyado en este argumento, su posición me parecería algo más fuerte, aunque siempre rebatible, pues a mi ver la intolerancia, como mera doctrina, tiene tanto derecho como la tolerancia a comparecer ante nuestro pensamiento. Pero Milton no se declara intolerante para con el catolicismo o «papismo» por ser éste intolerante, sino por ser herético, como «demuestra» por las escrituras (amén de otros defectos políticos que le reprocha, algunos no sin razón). Fracasa, pues, también Milton como defensor de la libertad de pensamiento ante el segundo de nuestros cri-

terios; el de conceder para todos la libertad que pide para sí.

En cuanto al tercero, la pureza de la actitud mental, tampoco sale Milton muy airoso de un examen objetivo. Hombre de fuertes pasiones y de un egoísmo singular, sus polémicas son a veces meras proyecciones de su estado de ánimo sobre el plan intelectual. Sabido es que, casado con una mujer joven y hermosa, que se negó a cumplir su deber íntimo de esposa escribió un tratado abogando por el divorcio para disolver aquel lazo que tan cruelmente le hacía sufrir. Esta justificación previa de la Conducta, rasgo tan típico del puritanismo inglés como la justificación postrera lo es del catolicismo español, suele afectar el pensamiento de Milton, que con excesiva frecuencia es sublimación de pasiones ya personales ya políticas.

Defecto que explica la índole virulenta y a veces hasta grosera de alguna de sus polémicas, en particular la que sostuvo contra el profesor holandés Saumaise o Salmasio, en que se rebajó a extremos de insultos personales de un gusto deplorable, indignos del sublime cantor de «Paraíso Perdido» y del poeta incomparable de «Lycidas». Aunque no fuera más que por esta polémica, habría que guardarse muy bien de identificar a Milton con la libertad de pensamiento y de imprenta; porque una de las condiciones esenciales para que estas dos libertades, tan necesarias a la salud pública, perduren y sirvan su cometido social, es que se mantengan puras de toda procacidad en la forma y de toda pasión personal en el fondo.

En cambio, donde Milton es muy de admirar es en su desinterés material y en su valor cívico. Jamás permitió que consideraciones de am-

bición personal o de bienestar influyeran en su pensamiento o en la libertad y claridad de expresión con que solía exponerlo. Jamás se dejó amilanar ni por el poder ni por la impopularidad. Cuando Cromwell, en quien primero puso su fe, le desilusionó, Milton arrojó la pobreza antes que avenirse a una conformidad que le hubiera permitido seguir mandando. Y en cuanto a la popularidad, fué Milton casi toda su vida un independiente y un hombre de opiniones en minoría —cosa que no, disgustaría tampoco a Luis Vives, quien en su introducción y camino para la sabiduría, dice que «el pueblo es gran maestro de errores, de a donde no se debía trabajar en cosa más que en apartar el amigo de la sabiduría del parecer popular». No suena esto muy bien en oídos modernos, pero en tiempos de Milton, estaba el pueblo todavía mucho más expuesto al error que hoy. Y el hombre que sabía resistirse a los desvaríos de la opinión pública manteniéndose íntegro y firme en una convicción a la sazón impopular tenía todavía más mérito que hoy.

La tentación es muy mayor. Porque el módulo de nuestra civilización ha pasado de la calidad a la cantidad; así que instintivamente todos tendemos a dar al pensamiento de los más un valor superior al pensamiento de los menos; y hasta a mirar con cierta ojeriza o conmisericordia al que difiere del común sentir. El intelectual necesita hoy más fuerza moral para disentir de lo que

está en la corriente. Y claro es que ni siquiera entro a discutir de los que tuercen su pensamiento —ya a sabiendas ya no— con el fin de procurarse alguna sonrisa del soberano de hoy, que es el pueblo, o alguna ventaja personal. Ducho es el diablo —digo el que cada hijo de vecino lleva dentro, sin rabo ni cuernos, y muy bien amaestrado y acomodaticio— ducho es el diablo en soplarnos la dialéctica y polémica que más conviene a los sótanos de nuestra pasión. De modo que, cuando al fin de una cadena de argumentos vemos colgar la venera de ministro, embajador, archipámpano o chupalámparas que el agüidor añora, desconfiar hemos por fuerza de que el metal de la cadena sea puro oro de verdad.

Por otra parte, la masa popular, tiende siempre a la ortodoxia. En la España clásica la Inquisición era popular. En tiempos de Milton, el pueblo era reaccionario y ortodoxo. Las ortodoxias ya de izquierda, ya de derecha que amenazan hoy la vida del pensamiento no carecen nunca de apoyo popular. El pueblo tiene buen sentido y en segunda audiencia suele dictaminar en favor de lo más razonable. Pero en primera audiencia suele errar. Al hombre de pensamiento toca resistir este primer embate del pueblo extraviado ya por tontilocos, ya por malandrines. La libertad de pensamiento, como las demás libertades, exige sacrificios y vigilancia constante. Vigilancia sobre todo de sí mismo.

Una Nueva Obra de Don JUAN FELIPE TORUÑO



Nuestro colega, compañero de labores, don Juan Felipe Toruño, ha publicado una nueva obra: POESIA Y POETAS DE AMERICA, reseña documental acerca del desenvolvimiento de la poesía en América y de la forma en que actuaron los poetas: escuelas y tendencias, arrancando desde lo aborigen y entrando a lo colonial, para pasar después a las demás festruras estéticas.

La obra ha sido bien acogida por el público salvadoreño; pero aun no se ha enviado fuera del país y apenas dos o tres repúblicas de Centro América han recibido ya algunos volúmenes.

Podemos decir que esta obra es de importancia por lo que concierné al documento y a la parte en que se presta ayuda a la didáctica, así como ilustra a los cafedráticos de literatura universitaria con el ensayo.

Nosotros le damos la bienvenida a este nuevo libro de Toruño, elegantemente presentado por la Imprenta Funes, contentivo de 436 páginas, con un colofón en donde el autor da su efusivo reconocimiento a quien cooperó para la edición del volúmen: Don JOSE MARIA VILLAFANE, hombre de compenetración acerca de lo que es la literatura y lo que arraiga en la civilización.

Uno a manera de Mecenas salvadoreño el señor Villafañe quien, al dar su ayuda, puso su entusiasmo y alentó con ello al autor de esta importante obra.

Acerca del libro se han publicado opiniones de las que desprendemos algunas para republicarlas en ATENEO haciéndonos partícipes de los merecidos elogios ahí expuestos.

POESIA Y POETAS DE AMERICA, el Nuevo Libro de Juan Felipe Toruño

A mediados del mes próximo pasado comenzó a circular en San Salvador, una nueva obra de don Juan Felipe Toruño, investigador prolífico y personalidad salida airosa de las fraguas en que fué sometida para lucir repujada y con brillos de legítimo oro.

Quisiéramos no poseer ningún nexo de amistad con el autor de más de doce volúmenes, que ha publicado (creemos que este es el catorce o el quince) para que no se nos en-

dilgue que es por tal cariño que nosotros venimos aquí a decir cosas que otros demasiado lo saben, pero que, muchos, no quieren reconocer, porque nos parece que al darle a cada ser su lugar, éste nos va a quitar el que nosotros tenemos.

Para los que hemos visto el desenvolvimiento de este hombre; batallar duramente con el medio y vencer, nos satisface decir que pocas mentalidades tan ágiles como la de él como pocos hombres tan alejado

de envidia y egoísmos como Toruño. No caben en él las pasiones. Coloca a cada uno en su lugar y se goza con el triunfo de los demás. El mismo sirve de peldaño a otros y se queda placentero de ver que lo que él hizo por el intelectual nacional o extranjero, le sirvió a éstos.

Lo apreciamos en su doble misión de hombre, como de leal amigo; como franco mantenedor de principios de honestidad y decoro y con una personalidad que puede resistir las más duras pruebas. El término que le han aplicado quienes de afuera lo han tratado y quienes lo conocen a través de su obra, lo merece. Es un moderno humanista, este don Juan Felipe Toruño. Un poeta que ahonda en los profundos misterios y que conciente de su misión se dirige siempre al futuro; lo que vale decir que ve y que presiente lo que vendrá. Un poeta de fondo, un poeta antiguo y moderno y de vanguardia —como han dado en llamar a los poetas «de hoy».

¿Cuál —decimos nosotros— es lo que se le puede escapar a Toruño en el laboratorio de su conocimiento? ¿Qué materia no puede tratar con acierto? ¿Por dónde no va a estar la idea, o la sugerencia, o la partícula que indique una fuerza, que Toruño no la encuentre?

Nosotros lo vemos por estas calles nuestras bullangueras, modesto, un poco amargado, con el rostro maltratado por quién sabe cuántas contrariedades; lo vemos y no lo conocemos. No sabemos lo que vale, ignoramos cuán hondo es para él lo que él mismo llama «razón de ser». Queremos pasar a su lado como viéndole de menos y... ¡sin embargo!, cuántas lecciones aprendemos de él. Quien no lo ha tratado, le creará un pedante; quien no se ha allegado a

sus tesoros escondidos en donde hay vetas puras de sinceridad, lo colocará en el número de uno de tantos; pero: ¡cuánta lejanía, cuánta! Hay que llegar a donde él. A primeras palabras, es hosco, hiriente, golpetea con las frases; pero después un aluvión de energías, una fuente que puede satisfacer a quien quiera que se allegue a sus caudales.

Modesto como es, hay que verlo en su «atelier»; se esconde, no quiere que se le conozca íntimamente, ni que se sepa lo que en el extranjero se hable de él elogiándolo. El dice que es su «defensa». Y es que, comprensivo sin duda de los hombres y de la vida, tiene el concepto de que, —como tampoco le hemos tratado como él lo merece— podría ser la del visitante únicamente una mera distracción: la de penetrar a su conciencia de hombre de letras que sabe lo que eso significa en la desnudez prístina del sacrificio.

En su misma tierra, tal vez no le conozcan. Pero por otros lados, allá donde no se está cerca de Toruño, allá sí. Allá sí se sabe lo que es y lo que pesa en los valores de nuestros hombres de saber del Continente.

Otra característica de él es su entusiasmo por señalar un camino a la juventud, aunque él sea joven aún, porque, Toruño no está en la edad —pudiera decirse— madura corporalmente. Maduro está en sus conocimientos. Y por encima de esto, su vida llena de quién sabe cuántas y cuántas amarguras que nosotros desconocemos, pero que las podemos adivinar. Amarguras que él jamás muestra, porque tiene la virtud, o el don, de ser fuerte ante cualquier embestida y ante cualquier caso duro e injusto.

Y tras un libro, viene otro y después otro.

Nos preguntamos nosotros: ¿A qué horas realiza Toruño esa gran obra, su obra? No nos explicamos. Porque lo vemos atareado en el periodismo que demasiado se sabe es agotante. Lo miramos después en otras faenas, en sus labores del Ateneo, en sus múltiples ocupaciones y... para todo tiene hora. Jamás se cansa, aunque esté abatido poniendo siempre un gesto de optimismo en su trabajo.

Ignoramos si sus compañeros de labor saben lo que es o lo estimen en lo que para nosotros es; pero sí podemos asegurar que tiene ya quien sabe cuántos años de trabajar en la misma empresa y siempre sin desmayos en su faena, preocupado por «su» periódico, llevando como la hormiga su granito (¡y qué granito!) a las reservas.

Ahora nos ha dado un libro de una información que ¡quien sabe si otros la podrían dar! Lo creemos difícil. Difícil porque nosotros que nos hemos adiestrado en esos caminos del saber, afirmamos que nos sorprende Toruño con su conocimiento y la acuciosidad, la paciencia y el poder que tiene de describir rápidamente, en tres o cuatro renglones una personalidad. Ese poder de síntesis en él, es maravilloso. Pocas veces se ha visto. Porque los mismos que se han dado a las tareas de

la crítica, lentamente desovillan sus consideraciones.

«Poesía y Poetas de América», es un libro llamado a ocupar un puesto de predilección en los anaques de los estudiosos de América y de los que vivan en Europa y que quieran conocernos.

Obra de grandes alientos. Obra de esfuerzo —aunque Toruño ha manifestado que la escribió en poco tiempo—. Es posible, porque su dinamismo se lo permite y el conocimiento de estas cosas que pareciera tenerlas a la mano, también.

La obra está ofrecida con cariño y con empeño. Creemos, sin llamar a error, que no hay otra obra igual en América hasta en estos momentos.

No debemos despreciarla, o verla con indiferencia. Queremos que se juzgue y que se le trate en lo que significa.

Yo ya lo dije al comienzo, existe una amistad cercana y leal entre mi persona y el autor de tantas obras bellas y buenas, que no me atrevo a juzgarla. Quede eso para otros. Yo no he hecho más que buscar esta oportunidad para poner sobre la cabeza del aeda, una hoja de laurel más de las que ya tiene en su vitracris, puesto que el poeta y el artista son como Cristos que van recorriendo las dolorosas calles de la amargura.

Pero: amigo Toruño, Ud. ya tiene su puesto en el coro de los elegidos.—J. V. C.



Si nos ponemos a buscar los nombres de nuestros valores continentales, pocos son, sin duda, los que como Toruño, tengan a su vista los

diferentes caminos de cultura en América.—*Adolfo Salvi*.—«La Esfera».

Caracas—Venezuela.

“POESIA Y POETAS DE AMERICA”

Escribe el Dr. Manuel Castro Ramírez

DON Juan Felipe Toruño, poeta y ensayista infatigable—que no se deja enervar por las precarias condiciones en que vive y vejeta la intelectualidad centroamericana—nos ofrece ahora «*POESIA Y POETAS DE AMERICA*». Trayecto en ámbitos, fisonomías y posiciones, valiosa reseña histórica antológica que llega a nuestras manos para solaz del espíritu.

Pudiera aplicarse a Toruño aquello de que «su musa es una criolla orgullosa, enamorada del terruño», sin embargo, su visión de crítica se expande en este volumen por los ámbitos del Continente y nos ofrece un panorama completo del desenvolvimiento de la poesía en América.

La historia de la poesía la hace arrancar Toruño desde aquellos preteritos tiempos «en que los encomenderos alimentaban sus perros de presa con indios todavía vivos»: y sale airado en su empeño, porque en medio de la noche colonial, resulta difícil hallar la creación estética y la huella perdurable de la disciplina filosófica.

Cada país americano le merece un estudio especial; y ajeno al sibaritismo intelectual, ve con simpatía todo escenario poético aunque se desarrolle dentro de la pequeñez del medio. Y ese estudio resulta interesante y de gran valor sociológico, porque la poesía es siempre la manifestación primaria de las ansias populares de

sus costumbres, de sus anhelos y de sus caídas.

Pepe Batres es el mejor «termómetro» para apreciar el espíritu de la colonia, y la poesía satírica; esgrimida como arma de combate por los precursores de la independencia centroamericana, muestra a las claras la altivez de un pueblo y su repudio a la esclavitud política.

Desfilan en armonioso conjunto poetas norteamericanos, mexicanos, guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, nicaragienses, costarricenses, panameños, cubanos, paraguayos, colombianos, haitianos, etc., etc.

Todos los países americanos ocupan su puesto de honor y en cada uno de ellos se siente palpitar el hervor lírico.

El Salvador ocupa lugar preferente en el desfile poético y científico. Una mano fraternal ha trazado el cuadro con amor y entusiasmo. Desde Juan de Mestanza, la evolución se sigue paso a paso, consagrando nombres y esfuerzos.

En poesía hay en América lo que pudiera llamarse «sensación nueva». De ahí lo útil que resulta recibir, primero, el baño clásico y el romántico, para entrar, después, con fortaleza de ánimo al examen y análisis de las nuevas creaciones.

En América entera el libro de Toruño se abrirá camino.

El Salvador, San Salvador, febrero 1945.



HOMENAJE

A DON JUAN FELIPE TORUÑO

En el RADIO TEATRO DE LA

“YSP”

LA VOZ DE CUZCATLAN

El domingo 24 de febrero, se le ofreció un homenaje en el Radio-Teatro de la «YSP», La voz de Cuzcatlán, con motivo de su último libro a don Juan Felipe Toruño.

Este homenaje fué amenizado con trozos de música. Don Salvador Tejedor, hombre de escena y pluma, de drama y de comedia, se encargó de prepararlo. Don Francisco José Alvarado, de la redacción de DIARIO LATINO y radio-speaker, transmitió la cariñosa manifestación de aprecio al señor Toruño. Don Fernando Alvayero Sosa, dueño de la YSP, cedió gustosamente su estación y el tiempo para este homenaje.

Damos aquí parte de él, y —por nuestro medio— don Juan Felipe Toruño agradece el estímulo y la forma en que se le ha demostrado cariño y aprecio de quienes reconocen su labor de tantos años.

Intercalando piezas musicales, como decimos, un aspecto del acto se produjo en la siguiente forma:

¡Juan Felipe Toruño...!

Este hombre de sencillo porte con el cual tropezamos a diario... Este Juan Felipe de todos los días, hombre de la calle, hombre del periodismo, hombre de lucha...

Pocos son los que, al verle, saludan en él a otro Juan Felipe Toruño que no es el Toruño superficial, el periodista, el hombre de la gacetilla y de la crónica, de la novela...

Ese otro Juan Felipe es el puro hombre de letras, cuyo nombre va mucho más allá de nuestro ambiente y de nuestras fronteras, nombre que respeta y admira el elemento intelectual de todas las Américas.

Hay, pues, dos o más Toruños.

Y aunque este pequeño homenaje que hoy rendimos, se inspira en la devoción que nos merece Juan Felipe Toruño como poeta, como crítico y pensador, no hemos de pasar por alto a nuestro Toruño, el sencillo y amical Toruño de la vida diaria.

¡Allá lo vemos! Es el periodista que nunca va de pisa. El practica aquello de apresúrate despacio». Y lo vemos, hoy como siempre, invariable: «Buenos días, Juan Felipe Toruño!» Es siempre grato detenerse al pasar y cambiar unas palabras con Juan Felipe. Es grato siempre detenerse unos momentos, a cambiar unas palabras con la Bondad, con el Espíritu humilde y sencillo y con la Noble Inteligencia.

Nunca hemos encontrado a Toruño de mal humor. El tiene estereotipada la sonrisa y, si no fuera por su socarronería, diríamos que su alma no ha salido de la infancia. No es perder el tiempo detenerse a cambiar con él unas palabras, porque su bonachonería es contagiosa y sus palabras llevan siempre la chispa del ingenio; y la cultura sin presunción habla siempre por su boca.

Bien. Este es Juan Felipe Toruño diario, el de la redacción, el de la calle, el de los corredores del Palacio Nacional o el de la tertulia. Pero no tratamos hoy de rendir un home-

naje al Toruño amigo ni al Toruño de la crónica parlamentaria.

Así, pues, hagamos un paréntesis musical y hablemos luego del Juan Felipe Toruño, poeta y publicista, al que va dedicado nuestro homenaje por la reciente publicación de sus dos libros, *Raíz y Sombra del Futuro* y *Poesía y Poetas de América*.

==

Fresca todavía la tinta con que ha sido impreso el fascículo de versos *Raíz y Sombra del Futuro*, nos sorprende Juan Felipe Toruño con la publicación de una obra verdaderamente monumental: *Poesía y Poetas de América*. No ha salido jamás de las prensas salvadoreñas libro semejante, ni por su presentación ni por su contenido.

En más de cuatrocientas páginas, Juan Felipe Toruño selecciona toda la lírica continental, y la evalúa con excepcional competencia.

No es un crítico aldeano Juan Felipe Toruño, y al hablar de los poetas de América, su cultura va muy lejos... El conocimiento que tiene en la materia es vasto y completo. Su espíritu se proyecta sobre todas las escuelas, selecciona con el mejor acierto, y su juicio lo revela en todo momento como un maestro de la crítica y del pensamiento.

Hemos dicho *obra monumental*. Esto es *Poesía y Poetas de América*, de Juan Felipe Toruño. Obra de muchas noches, de profundo estudio, de devoción admirable.

En toda biblioteca de hombre estudioso se hace necesaria esta obra monumental de Juan Felipe Toruño, máxime si es amante de la Poesía.

Poesía y Poetas de América es más que una Antología. Es, por antonomasia, «la Antología poética continental» y no nos equivocamos al

decir que es la obra de «crítica superior que se haya publicado en la materia».

He aquí, pues, un Juan Felipe Toruño que no todos estimamos y valoramos bien en nuestro ambiente. Que tal libro haya salido de las prensas salvadoreñas, debe movernos a orgullo. El libro de Toruño es libro de perennidad y de largo alcance. No se venderá solamente entre nosotros: se venderá en todo el Continente, porque su adquisición será, para muchos espíritus, preciosa. Es un libro fundamental, necesario, que encierra en sus largas cuatrocientas y más páginas la más pura poesía de las tres Américas y el mejor estudio que de ella se ha producido hasta la fecha en ellas.

No todos los días sale de nuestras prensas un mensajero de tal espíritu y tales alas — y este hecho no debe ser silenciado. Y aún más: debe ser dado ampliamente a conocer. Y debe ser, entre nosotros, honrado y festejado su autor.

Es porque debe ser así, que rendimos hoy este corto homenaje a Juan Felipe Toruño.

Pero hemos hablado solamente de uno de los dos libros que Juan Felipe Toruño acaba de publicar. Haremos otro paréntesis musical y dedicaremos después otras palabras al poeta y a su último manojito de versos, *Raíz y Sombra del Futuro*.

==

Raíz y Sombra del Futuro... ¡Un libro de poemas! ¡Qué poemas!

Aquí surge el artista puro, y el visionario, que es Juan Felipe Toruño.

¡Y con cuánta razón debe amar su poesía el hombre que tanto ama la poesía de los demás!

Aquí tenemos a Juan Felipe Toruño, que ya no es el hombre de la

crónica parlamentaria, ni siquiera el crítico literario ni el novelista, sino otro Juan Felipe Toruño que se repliega sobre sí mismo, que se encierra en su caparazón para suspirar.

Ahora Juan Felipe Toruño está en la noche bajo la luz de su lámpara. Y no es el trabajador paciente, el galeote de la selección y el estudio que revela su obra de crítica... Ahora es el hijo de las Musas: hijo legítimo, auténtico poeta que llora su propio dolor y el de todos los

hombres.

Pero no lo llora con quejas, sino con amenazas, no con desilusión, sino con esperanzas.

No es Juan Felipe Toruño poeta para el vulgo. No. No hay en sus versos el ritmo pesado y la fácil rima. Su poesía es otra, que no se sujeta a rígidos cánones, porque el vuelo alto y el limpio y transparente pensamiento no pueden sujetarse a ellos.

Escuchemos al poeta cuando dice:

Hombres de América! Hombres de América! Escuchad!
 A vosotros hablo constituídos en guión que se extiende
 entre la cultura de hoy y la cultura de mañana!...
 Hombres de América!... oíd los vocablos angustiosos
 que amargos nos llegan del caos insólito...
 Mirad la sangre que mana de las arterias de la tierra.
 Escuchad el estruendo de la tragedia bárbara...
 Sentid el retorcimiento de los espasmos de las naciones...
 y los estremecimientos zodiacales.
 Pensad en que la catarata humana se despeña en odios;
 que el hombre, hartándose, no se sacia, cayendo
 bajo sus propias ambiciones...
 Que claman piedad las desdentadas bocas de historiadas íconos.
 La América habrá de fijar su cultura perfecta,
 imprescindible, universal...
 La América nueva que viene creciendo en los siglos!
 Que tiene sorpresas para el hombre de extrañas costumbres,
 que oyó la canción de los astros con oídos mayálicos;
 que dió los gigantes de la antigua Lemuria;
 que sostuvo en sus hombros el peso de dioses y de enigmas;
 que habló con el fuego y el agua y el viento
 al buscar con sus fuerzas el lumínico signo
 de Verdad y de Vida;
 que aprisionó al tiempo en símbolos pétreos;
 que —de la Atlántida— asoma sus perlas de orientes magníficos,
 bullentes, fulgentes;
 que, de prehistóricas épocas, sigue el rastro de Dios
 por montañas y lagos y ríos y mares
 sembrados de eternidad.

Hombres de América: tenemos que dar el aliento
 a nuevas generaciones, civilización y cultura nuevas.
 ¡Y que en América quepa la Humanidad!...
 Y que haya un emporio
 de pujantes fuerzas felices en el Norte,

agricultura y riqueza fértiles en el Sur!
 dos enormes bandejas de civilización.
 Y, en el centro, el fiel de la balanza,
 el puente que apréstase a ser el conducto de savia,
 corazón que regule, pecho que se abra
 y por donde ya se abrazan dos Océanos
 que han de sentir en sus lomos el viaje
 de enormes mensajes llevándole al mundo novísimas normas.

¡Y él Cristo indicando las rutas
 desde las espectantes cumbres de los Andes!...

Y la Humanidad que quepa en América,
 pueblo de pueblos luchadores, trabajadores, soñadores.
 Y la paz tenga asilo en el alma del pueblo titánico
 y fije en los siglos esa alma sagrada... ¡Así sea!

Saludemos en Juan Felipe Toruño al poeta auténtico sin artificio, que habla en sus versos con voz de bronce, pero que habla también con voz de céfiro. Poeta fuerte y poeta humano, y poeta delicado.

Los salvadoreños nos sentimos satisfechos de que Juan Felipe Toruño haya hecho de El Salvador su segunda patria y que haya sido entre nosotros donde su cultura se ha completado; donde se ha realizado su obra de escritor y de artista y desde donde lanza al mundo continental, como bandera de cultura, el nombre de nuestra patria.

Por ello, los salvadoreños estamos obligados a Juan Felipe y es entendiéndolo así que le hemos dedicado este tiempo y esta música y estas palabras. Pero ¿acaso ello es suficiente?... No lo creemos así y esperamos que los últimos libros de Toruño merezcan en la crónica local comentarios más autorizados y más elogiosos que los nuestros.

Y nos parece que, con ello, todavía no haremos bastante. Porque merece más. Los dos últimos libros de Juan Felipe Toruño constituyen, en nuestro campo intelectual, un acontecimiento poco común. Amigos

y admiradores tiene muy numerosos Juan Felipe Toruño que deben festejar la aparición de esos dos libros y honrar a su autor con el acto más indicado: sentándose en torno de él en una mesa bien servida, en ágape fraternal de compañeros y de hombres de letras. Recoja quien quiera esta idea.

Señor don Juan Felipe Toruño: poeta y amigo.

Hemos cumplido un deseo y un deber.

Es usted merecedor de que su labor tesonera, su amor por las letras y el acierto con que las cultiva, sean más reconocidos y estimulados.

Y ahora, ún deseo: Que siga usted siendo siempre dos o más Juan Felipes Toruño: el hombre de la crónica y de la calle y el hombre de la Torre de Marfil. En sus varios aspectos es usted útil a la comunidad en que vive y al mundo del arte.

Que el desfallecimiento no abata nunca sobre su espíritu sus negras alas. Que no interrumpa su labor la indiferencia ajena. Que su obra no quede trunca, porque nos tiene que dar más. Y que su ilusión no perezca.

Salud, Juan Felipe Toruño.

HISTORIA DE LA PEDAGOGIA

Por el Prof. Gilberto Valencia Robledo.

Señor Presidente del Ateneo:
Sres. Ateneístas:

¡Tiempo ha que no leíamos en el seno amable del Ateneo! Y, hacémoslo ahora, más bien, para dirigiros un saludo afectuoso, en plena asamblea de hermanos.

Se ha dicho, señores, con mucha propiedad, que la escuela es el nido donde aletea el alma sagrada de la Patria, y allí es, efectivamente, donde toman forma concreta todos aquellos anhelos e ideas, sentimientos, creencias e inspiraciones, que en dilatadas ondas, se extienden suavemente por todo el organismo social, y que cual mensajeros alados del pensamiento, tramontan las inescrutables cimas del tiempo y del espacio, para modelar las generaciones del porvenir.

De la escuela, y únicamente de la es-

cuela, salen, por ley ineludible, los hombres que, más o menos tarde, han de dirigir los destinos de la patria y de encaminar a la sociedad a la consecución de sus altos fines, ya sea en las letras, en las ciencias o en las artes. No hay modo de que se formen en otro lugar. Nadie que no pase por ella, podrá elevarse sobre el nivel común de sus conciudadanos y llegar a alcanzar las altas cimas sociales. De estos centros de cultura, surgen los hombres políticos y las amables esposas de los servidores del país.

Y hoy es oportuno, respetables compañeros, haceros breve recuerdo histórico de la ciencia pedagógica, cumpliendo así con uno de nuestros deberes más importantes, cual es: dar a conocer la labor intelectual, para que cordialmente, antes que otros, la juzguéis en vuestro regazo:

El conjunto de conocimientos que constituye la ciencia, ha pasado por tres estados: durante el primero se distinguieron: Moisés, Gautama Buddha y Confucio, Legisladores e innovadores.

Durante el estado metafísico de los conocimientos, se distinguieron muchos de los filósofos griegos y padres de la Iglesia. Durante un gran período de formación, que fué la Edad Media, preludiaba un gran desarrollo. Se indagaban las causas de los hechos; los conocimientos descansan en cierto número de verdades sencillas llamadas axiomas. En el estado metafísico de los conocimientos se inspiran los sabios, como antes hemos dicho, en la herencia de los pensadores griegos.

Se arguye y se discute, pero la discusión queda encerrada en los

límites que le marca la dialéctica que si bien, había prestado antes grandes servicios a la ciencia, en el siglo XIV, fué como una barrera que detenía el impetuoso vuelo del pensamiento, que como un águila caudal debía, en la edad venidera, remontarse a gran altura.

Sobresalen, durante ese período, Boecio, Alcuino, Casiodoro, San Agustín, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, San Buena Ventura, y San Juan Crisóstomo, cerebros privilegiados, hombres dotados de gran inspiración y elocuencia, cuya palabra persuadía y cautivaba. Distínguense también es ese período: Duns Scott, Abelardo, Jefe de los Nacionalistas, poeta, orador y filósofo; Guillermo de Ocan y Arnaldo de Villeneuve. El Dante Alighieri, autor del magnífico poema: la Divina Comedia; Petrarca; Boccacio,

que impulsó la literatura, promoviendo el buen gusto y despertando la admiración por las obras del arte griego. Movimiento que hiciera el Renacimiento.

La primera Universidad se fundó en el siglo X, por un grupo de entusiastas maestros; en 1215, un legado del Papa, acabó de darle vida legal. Parte de la enseñanza se debía a los conocimientos popularizados en canciones de trovadores y de juglares.

En la última época de los conocimientos, estos se basan en la observación y la experiencia establecida por Descartes y otros filósofos modernos.

En ojeada retrospectiva hablaremos ligeramente de los conocimientos obtenidos por los pueblos antiguos.

Los arios se consideran como uno de los pueblos más antiguos. Originalmente habitaron las altiplanicies del Himalaya, tenían consignadas en su teogonía, ideas de educación, así como las tuvieron los chinos en sus códigos. Como los Indos estaban divididos en castas, la principal era la de los Brahmanes o sacerdotes que representaban la intelectualidad y asumían los conocimientos científicos de su época. Se dedicaban a la vida contemplativa, a la poesía y a la política; en la poesía dejaron admirables poemas: el Mahabarata y Ramayana.

Los Brahmanes conocieron el Algebra, la Geometría, la Trigonometría y la Astrología. Levantaron grandes templos como los de Elephantina y de Ellora, al Sur del Indostán, y las pirámides de Calembum. En la parte moral se prescribía el respeto a los padres, el auxilio a los pobres y necesitados y el buen trato a los animales. Creían en la me-

tempcosis, en la eficacia de la oración y de las buenas obras y se abstraían en la meditación, hasta llegar al nirvana, es decir, al no ser.

GRECIA

De todos los pueblos establecidos en la Grecia, los más conocidos fueron los Jonios o Atenienses y los Dorios o Espartanos.

El legislador de los espartanos fué Licurgo, que les dió una legislación propia para un pueblo de soldados, porque decía que siendo Lacedemonia una nación pequeña y rodeada de enemigos, debían aprender a defenderse.

Los niños hasta los 6 años quedaban al cuidado de la madre; después pertenecían al estado; se educaban en comunidad; asistían al Pedagogium, donde se les enseñaba moral y ejercicios gimnásticos. El niño que nacía deforme era arrojado desde la cumbre del monte Taigeto.

A los niños jóvenes les daban una comida sobria y los hacían bañarse en las frías aguas del río Eurotas, para hacerlos fuertes y poder después soportar las fatigas de la guerra. Se les enseñaba a expresarse en un estilo conciso y elegante, que se llamó lacónico.

Los espartanos respetaban la tradición; eran valientes, religiosos, sobrios, y patriotas. El valor era la primera de sus virtudes, pero eran rudos y poco cultivados en su parte intelectual. Estaban bien adiestrados en la cultura física; conocían el salto, la lucha; tiraban el arco y el disco y usaban cánticos y danzas religiosas, pero la música no formaba base de su educación, porque creían que afeminaban el carácter. La mujer, en Esparta, recibía la misma educación que los jóvenes; eran fuertes,

bellas y valientes pero les faltaba el delicado sentimiento femenino peculiar de su sexo.

Los Jonios o atenienses tenían ideas diferentes de los espartanos. Eran aficionados a la música, a la poesía y al estudio de las ciencias.

La música y la gimnasia formaban la base de su educación.

Tuvieron una lengua armoniosa, una literatura muy bella y un arte admirable, que a pesar de los siglos transcurridos, no se ha podido igualar.

El niño hasta los 5 años permanecía en el hogar; a los 6 años era enviado a la escuela donde recibía clases de Gramática, Historia, Elocuencia, Filosofía y Poesía. En el Gimnasio se atendía a la educación física y a la enseñanza de la Música; tenían el culto por la belleza física y conocieron las leyes eugénicas.

Sus fiestas eran certámenes de cultura a las que acudían pueblos de todo el mundo conocido, y así protegían su comercio y su riqueza. Formaron una raza fuerte, inteligente y cultivada; fueron los primeros que establecieron las instituciones republicanas y siempre sus dirigentes fueron notables oradores y estadistas.

En la guerra contra Persia, en unión de los espartanos, ganaron inmortal renombre por su valor. Los atenienses tuvieron conocimientos de Filosofía, Geometría, Física, Historia, Astronomía, Dibujo, Arquitectura, Escultura, Música, Pintura, y Poesía, es decir, reasumieron los conocimientos de su época, en el más alto grado.

De los 18 a los 20 años, los jóvenes aprendían a conducir los carros, a montar a caballo y a manejar las armas. La Música era enseñada durante 10 a 12 años, y en este tiempo,

también estudiaban la Elocuencia, la Historia, la Poesía, la Moral, la Filosofía, Historia Natural, Astronomía, y Geometría. Su principal legislador fué Solón; estadista, soldado y poeta.

Las jóvenes atenienses no compartían el privilegio de la instrucción; la mujer estaba relegada al gineceo; algunas aprendían a leer, escribir y algo de música.

Tenían a su cargo el cuidado del hogar, tejían las telas para los trajes y cuidaban a los niños. Había también, en la clase de las hetairas, algunas que se dedicaban al cultivo de las ciencias y de las artes, como Aspacia que fué maestra de Elocuencia de Pericles; pero muchas de ellas, tenían una conducta muy libre, y por eso no eran consideradas.

Los primeros filósofos y poetas fueron los primeros maestros que fundaron diversas escuelas, entre ellas: La Jónica, fundada por Tales de Mileto; la Itálica, por Pitágoras y, la Eleática.

En la Jónica se distinguieron: Anaximandro, Anaxímenes de Clasmomena, Anaxágoras que fué el primero de estos filósofos que tuvo la idea de la existencia de Dios, «pensando en una causa primera que impide movimiento a la materia. Estudiar las leyes y la influencia del lenguaje».

Pitágoras, originario de Samos, viajó por todo el mundo conocido; en Egipto llegó a ser iniciado en los conocimientos de la casta sacerdotal. Era muy versado en Música y en Matemáticas, que aplicó a todas las ciencias y a las cualidades humanas; creía en la metempsicosis! Entre sus discípulos está Empédocles, que fué médico, poeta, orador.

En la escuela Eleática se distinguieron: Jenófanes de Colofón, que

veía el mundo como verosímil, no como evidente; Parménides, Leucipo y Demócrito.

Sócrates inventó el método que lleva su nombre y que consiste en promover la actividad pensadora del niño, por medio de preguntas adecuadas; representa una nueva era, «haber transportado la observación del espectáculo de la Naturaleza al del pensamiento humano; es por él que la Psicología ha pasado a ser el principal objeto de la Filosofía».

Discípulos de Sócrates fueron Platón y Aristóteles, fundadores de la Academia y del Liceo. Platón se funda en la Metafísica: «las ideas generales de la inteligencia son recuerdos de una vida anterior». Da origen a la escuela Espiritualista. Aristóteles trató de relacionar la inteligencia con el mundo exterior por medio de los sentidos; indicaba que nada había en la inteligencia que no hubiera pasado por ella; dió origen a la escuela Naturalista.

Cuando Alejandro el Grande efectuó sus conquistas, llevó consigo a varios sabios y al filósofo Aristóteles, para que hicieran el estudio de los países conquistados y propagaran la cultura de Grecia. A este rey y a su maestro Aristóteles se debe la helenización de Asia y de Egipto. Alejandro fundó en Egipto la célebre ciudad de Alejandría donde florecieron muchos sabios, entre ellos, el geómetra Euclides y en donde estuvo la Universidad Nacional más antigua. A la Geometría le daban tanta importancia, que Platón había escrito sobre la puerta de la República la siguiente inscripción: «Aquí entrará sólo el que sepa Geometría».

Aristóteles en su libro la Política, se ocupa de la educación de los niños, indicando que: «deben ser edu-

cados en el espíritu de las instituciones de su país»; forman la base de su sistema de educación: la Gramática, la Gimnasia, la Música y la Pintura.

Aristóteles fué un genio enciclopédico, que abarcó muchas ciencias: Filosofía, Retórica, Historia Natural. Se considera como el fundador de la Lógica. La orientación dada por él a los conocimientos, influyó durante la edad Media, y fué un gran progreso en su tiempo, pudiendo decirse que se adelantó a él. Platón llegó en sus investigaciones a la cumbre del pensamiento humano. En sus obras principió la investigación científica de los problemas educativos.

Otros filósofos como Epicuro, Demócrito y Lucrecio, también se ocuparon de educación. Lucrecio desarrolló las tesis: «de la herencia», «de la selección» y «de la concurrencia vital».

En la escuela de Alejandría se desarrolló, el Neoplatonismo ecléctico con Proclo, Filón, San Dionisio Areopagita, San Justino y San Clemente, que concilió esas doctrinas con el Cristianismo.

ROMA

Los griegos, no obstante que fueron dominados por los romanos, se adueñaron del espíritu de sus conquistadores. Gramáticos y filósofos griegos eran los maestros de los niños y jóvenes romanos.

En las escuelas llamadas Trivium, que eran elementales, se enseñaba Escritura, Lectura, Aritmética. En las superiores de Gramática se enseñaba Lengua griega y Literatura idiega; del Latín se estudiaban las obras de Horacio, Virgilio y Ovidio.

En el Quadrivium se estudiaban

cuatro ciencias que formaban la base de la cultura romana: Aritmética, Geometría, Astronomía y teoría de la Música; tenían escuelas de Retórica, de Elocuencia y de Filosofía y Facultades de Derecho y de Medicina.

De sus escritores se distinguió Quintiliano que se ocupó de Pedagogía; indicaba que desde el principio de la enseñanza debía acostumbrarse al niño a una pronunciación perfecta; debe despertarse pronto su interés, mediante el solícito cultivo del juego, antes que comience la verdadera instrucción; aprovechar el sentimiento del honor, como medio de educación; de evitar a toda costa el castigo corporal.

Recomienda la enseñanza de la Filosofía, especialmente de la moral, porque el hombre ha de estar en posesión de la virtud. Este escritor tuvo una amplia visión de la educación; muchos años más tarde, las verdades contenidas en sus escritos, fructificaron en la escuela.

Desarrollo de la Educación Durante la Edad Media

En la Edad Media se fundaron las escuelas Catequistas que daban a los alumnos los primeros conocimientos, en Alejandría, Edesa y otras ciudades. El número de las escuelas era escaso y el de los maestros también. San Agustín fundó Seminarios para el aprendizaje de la ciencia Teológica.

Cuando acaeció en 476 la invasión de los bárbaros, la ciencia se refugió en los conventos. Durante este primer período de la Edad Media que algunos escritores consideran como un período de transición se dan a

conocer las obras de Boecio, los Consuelos de la Filosofía y las Traducciones de la Lógica de Aristóteles, las obras de Beda, el venerable., las instituciones de Casiodoro y las obras de Marciano Capella. Casiodoro que tuvo influencia en la corte de Teodorico el Grande, fundó las escuelas claustrales distinguiéndose la de los Benedictinos.

Carlo Magno fundó la escuela de Palacio a la cual asistía él mismo con su familia y sus principales dignatarios, Alcuino y el Obispo Cherodegang de Mentz ayudaron al emperador en la fundación de las escuelas. Quedaron fundadas tres clases de escuela: Las claustrales, las catedrales y las parroquiales, las más afamadas fueron la de Tours, fundada por Alcuino, y las de Corbie y Fontenelles en Francia, Fulda y Corvey en Alemania.

En estas escuelas se enseñaban: Lectura, Escritura, Gramática, Cantos, en Latín, Retórica, Dialéctica y Música. Poca importancia se concedía a la Aritmética, Astronomía y Geometría, se estudiaban las obras de Séneca, Tito Livio, los poetas latinos y las obras de Boecio y Casiodoro.

El califato de Córdoba establecido en España alcanzó su mayor desarrollo en tiempo de los Califas Abderaman I y II, que tuvieron florecientes escuelas en Córdoba y en Toledo en donde fueron cultivadas las artes y las ciencias; las Matemáticas, Filosofía, Medicina y Poesía al mismo tiempo que la Astronomía Jurisprudencia e Historia Natural.

En esa época se distinguieron Gerson que escribió algunas obras en estilo sencillo, Bauvé, fundador de la primera biblioteca en Francia y Gerberto que hizo profundos es-

tudios en todas las ciencias, fué muy versado en Matemáticas y Astronomía, más tarde fué Papa con el nombre de Silvestre II.

Un poco antes en el siglo XII fueron notables Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande que se distinguieron en la dialéctica y Abelardo el más famoso de los Nacionalistas.

Los árabes españoles difundieron los conocimientos de los griegos y los trovadores en las riente regiones de Provenza celebraron torneos de la Gaya Ciencia y las damas formaron las Cortes de Amor en que la poesía se difundía como un aroma sutil. Trovadores y Juglares relatan leyendas en la agradable forma de un Romance.

Rabeláis en su libro Pantagruel y Gargantúa esboza bajo la sátira y la broma un sistema de educación.

Montaigne en una de sus obras, la Instrucción de los Niños recomienda el desarrollo de la razón y expresa que la instrucción es un medio y no un fin. «Que no debe fatigarse al niño ni someterlo a un trabajo abrumador. Recomienda la cultura física, la Música, el Baile y la Caza, y añade «el encargo del niño no es repetir lo que se enseña y yo quisiera que el maestro corrigiera esta parte y que desde luego, te-

niendo en cuenta los alcances del alma que educa, le hiciese gustar las cosas, elegir las y discernirlas por sí mismo, abriéndole algunas veces el camino y otras veces dejándolo que él solo se lo abra.» Montaigne con admirable intuición de un maestro esbozaba una evolución en la Pedagogía.

Fueron notables también Bossuet y Fenelón maestros de los delfines de Francia y célebres oradores sagrados que se dedicaron a la educación.

Fenelón indica que en la «primera edad es en la que se producen las más profundas impresiones y la que tiene por consiguiente más influencia en la vida. Antes de que los niños sepan hablar bien se les pueden preparar para la instrucción.»

Erasmo fué un notable pedagogo alemán que escribió mucho en favor de la educación, indica en sus obras que el maestro debe identificar la enseñanza con la época en que se vive, profundizar la materia que se estudia y los buenos autores «debemos parecernos a las abejas —decía— que extraen de las flores diversos jugos y los transforman en un producto nuevo de aroma peculiar y diferente de las plantas de donde se ha extraído».

(Continuará)

La Vida Angustiada de Nicolás Gogol

Por Alexandre DEUTSCH

I

UNA opinión corriente afirma que el célebre escritor ruso Nicolás Gogol pertenece al grupo de los grandes humoristas. Los historiadores de la literatura burguesa rusa, así como los críticos del extranjero gustan hablar de Gogol como de un humorista, que caballerosamente y sin malicia, se ha burlado del mundo que lo rodeaba. Merimée, caracterizando el arte de Gogol, decía: «Es despiadado contra los tontos y malos, pero no tiene más que un arma a su disposición: la ironía».

Puede no estarse de acuerdo con esta opinión tan divulgada; sin embargo, sobre la paleta de Gogol encontrábase todos los matices de la risa. El joven Gogol se mofa alegremente de la pedantería de sus maestros, de la futilidad y de la tontería de sus camaradas de liceo, e interpreta con mucho talento los papeles cómicos en el teatro de aficionados del liceo. Era la risa de un joven mozo observador y fino que se había impregnado del humor de la Ucrania, país del sol y las estepas.

Hijo de hidalgos arruinados y reducidos a la pobreza, siente desde su niñez el peso del sentimiento abrumador que engendra la vida confinada de los pequeños terratenientes.

Rechaza la realidad vulgar, se esfuerza por colocarse por encima de ella; busca una salida a esta vida en lo heroico y fantástico de la poesía popular ucraniana. Ve arruinarse los «nidos de gentileshombres», ve desmantelarse relaciones feudales, basadas en la servidumbre; ve la monarquía autocrática de los propietarios encaminarse hacia el desenvolvimiento capitalista. La estructura de la vieja vida económica se hundía, pero la lucha entre lo «antiguo» y lo «nuevo» apenas si se delineaba; las perspectivas eran confusas; la situación aparecía embrollada y abrumadora.

Gogol sabía que el mundo que lo rodeaba estaba muy malo; sabía también que rehacerlo era difícil; y más difícil todavía el encontrar las vías que condujeron a esa transformación.

Y él creyó vislumbrar dos salidas.

La primera: creer que este mundo no era un mundo verdadero, que hay aún otro, un mundo de «más allá», sobrenatural, hacia el cual era necesario dirigirse por los caminos inciertos y resbaladizos del misterio.

La segunda salida era la de no admitir este mundo real y tratarlo por la ironía, de burlarlo.

Mientras que en Gogol continuó surgiendo la fuente de fuerzas fres-

cas y de energía, fué esta segunda salida la que escogió. La fuerza de la risa directa, irresistible, ahogó la primera veleidad de la melancolía que se manifestara en él.

A su risa irónica, Gogol la consideraba como un medio de combatir una tristeza «enfermiza inexplicable».

En sus primeras obras: sus relatos sobre la vida en Ucrania, reunidas bajo el título de «Veladas de la aldea de Dikanka» y en sus novelas de Petersburgo se puede observar una mezcla particular de risa y de tristeza.

Pero esta tristeza entonces, no es aún de gran duración: de repente sus páginas taciturnas se iluminan. Y de nuevo afluyen las imágenes cómicas de personas vulgares, de rincones perdidos de provincia, de funcionarios monstruosos, de embrutecidos, de adulones, que pueblan los innumerables departamentos ministeriales petersburgueses, los dandis de distrito, los vagos de la perspectiva Nevski.

En un balance del arte de Gogol, las lágrimas y las risas se equilibran constantemente. Pero Gogol se inclina resueltamente hacia lo cómico, estimando como Rabalais que «más vale reír que lágrimas escribir, porque reír es lo propio del hombre».

II

Gogol no es más un hidalgo, es un bohemio intelectual de Petersburgo.

Allí conoce la bestialidad de la reacción de Nicolás I, que tiene a todo el país en sus garras y que juega el papel de gendarme de Europa, con esta reacción que se apoya sobre la Iglesia Ortodoxa, sobre la ignorancia

del pueblo, sobre las bayonetas de las tropas.

Los sencillos sueños que él acariciaba de consagrarse a un servicio sublime de Estado o de la sociedad, se rompen en los arrecifes de una severa y despiadada autocracia, con sus innumerables oficinas, sus rejas de hierro, sus polizontes y sus agentes, con todos sus administradores, generales y burócratas de gestos vanidosos...

Gogol se encontró de cara al lamentable espectáculo de la Rusia de Nicolás I. Y mientras hubo querido representar «toda la profundidad de sus personajes, fríos, empequeñecidos, cotidianos, no fue para él más que «risas a través de lágrimas», un humor ligero.

En el poema «Las almas muertas», Gogol aparece como un satírico que desenmascara nobles. En «El Inspector», Gogol cuenta la historia de un impostor, Kiestakow, que se hace pasar por inspector y hace irrupción en un horroroso pequeño mundo de funcionarios provinciales, concusionarios y perversos.

Las situaciones cómicas de la comedia de Gogol, no son simplemente graciosas. Son situaciones, que deben demostrar lo arbitrario, la violencia y el parasitismo. En este dominio Gogol no tenía igual entre sus contemporáneos.

«Pushkin me decía siempre —escribía Gogol— que ningún escritor tenía el don de poner en evidencia tan claramente la vulgaridad de la vida, de saber dibujar con tal fuerza la vulgaridad del hombre común, para que todas estas cosas insignificantes que escapan a la vista aparezcan claras a todos los ojos. He aquí mi rasgo principal, y que no pertenece más que a mí».

En «Las Almas Muertas», como en «El Inspector», el personaje central es un caballero de industria, un bribón, Tchitchikow, que recorre las propiedades de los nobles y que compra las «almas» de los campesinos siervos, muertos mucho tiempo antes.

Las peregrinaciones de Tchitchikow dan a Gogol la posibilidad de hacer desfilar a nuestros ojos una serie de tipos de la Rusia provincial de entonces. Henos aquí en la «britchka» de Tchitchikow sobre los caminos de 1830 y 40. Y he aquí entonces surgir pueblos y capitales.

Veamos a Pliushkin, propietario, avaro, maniaco, que su vicio se ha transformado en jirón inútil. Veamos a Sobakevitch, glotón, hombre de negocios, ávido de ganancia, que no piensa más que en su provecho. Veamos al soñador Manilow que no experimenta ni descontento por el presente ni nostalgia por algo mejor. Es un personaje cómico por su inutilidad y su absurdo. No menos cómico se nos aparece Nozdrew, propietario rebosante de energías, pero donde la energía se prodiga en ocios y que no se manifiesta por su holganza y ociosidad.

Gogol no muestra solamente los opresores del tiempo de la esclavitud, y sí también los oprimidos y los procesos mismos de la opresión.

En «Las Almas Muertas» Gogol es a la vez irónico, de sátira enfadada.

Al mostrar el infierno de la Rusia de Nicolás I, al revelar la vulgaridad de las clases explotadoras, Gogol, según la justa definición del crítico Belinski, «ha sido uno de los grandes jefes del país sobre el camino que conduce a la conciencia, al des-
envolvimiento y al progreso».

Gogol amaba ardientemente a su patria. Es con un dolor profundo que habla en sus libros de su retraso en la civilización, de sus lugares desiertos e incultos. Gogol, que vivió largo tiempo en el extranjero y respiró más libremente bajo el bello cielo de Italia, no cesó de llorar su separación de la patria.

«No he podido consagrar una sola línea a lo que me es extraño. Estoy sujeto por una cadena indestructible a lo que es mío. Y nuestro pobre y tierno mundo es para nosotros como lo son nuestras isbas, como las grandes llanuras a los cielos más bellos que me miran afablemente...»

Y más allá de las fronteras de la patria, se sentía desorientado y solitario. Y estas condiciones se veían acrecentadas por su esclavofilia, que afirmaba que Rusia seguía un camino particular, «personal» de desenvolvimiento histórico, un camino que la distinguía de Occidente. Pero por otra parte Gogol mismo se alejaba de la Rusia de su tiempo: «¡Oh! cuando pienso en nuestros jueces, en nuestros mecenas, en nuestros espíritus eruditos, en nuestra noble aristocracia, mi corazón se sobresalta a esta idea».

Es en esta doble actitud de Gogol hacia la realidad rusa: alejamiento de los aspectos negativos, la fuerza de su amor por el pueblo ruso y la fe en sus fuerzas constructivas, que se encuentra la tragedia de Gogol. Da un cuadro realista severo y verídico del régimen autocrático del tiempo de la servidumbre. Y habiendo pintado este cuadro, es presa de terror. No ha visto los héroes que habría podido oponer al mundo de vulgaridad y de fango que representa. Ha representado el «in-

fierno» de Dante. Pero no ha podido encontrar los personajes para el «Purgatorio» y el «Paraíso». «Es necesario también representar nuestros pillos y nuestro hombre recto y honesto», escribía Gogol.

Y presa de un problema moral indecible, buscaba su buena gente en medio de los mismos bajos funcionarios y propietarios. Veía la llave de la regeneración social en el «régimen patriarcal».

En 1847, publica: «Extractos escogidos de mi correspondencia con mis amigos», donde manifiesta puntos de vista de propietario, francamente reaccionarios. Tienta, al filosofar simplísimamente de magnificar ese orden que él mismo había combatido. Culpando furiosamente a Gogol, por haberse apartado de la obra del congreso, Belinski dice: «Predicador del «Knut», apóstol de la ignorancia, partidario del oscurantismo. ¿Qué hacéis? Mirad a vuestros pies; estáis al borde del abismo».

Sí, Gogol estaba al borde del abismo. Este golpe de timón a la derecha acarreó su impotencia artística. Se esfuerza vanamente por escribir la segunda parte de «Almas muertas». Pero no consigue el éxito, porque los problemas sociales y po-

líticos de la eslavofilia reaccionaria que se apoderó de Gogol, eran incompatibles con sus procedimientos realistas. En la segunda parte de «Almas muertas», en lugar de imágenes plenas de vida, aparecen éstas completamente desprovistas de ella. Gogol no rehusó mostrar la refundición y purificación de Tchitchikow.

En un acceso de desesperación, tomó otro camino: una sorda desesperación y una ardiente esperanza lo conducen a un estado de extrema nerviosidad y de turbación mental.

Cae en el misticismo, se va a Jerusalem en peregrinaje y toma su trabajo con una piedad religiosa y mística. Termina por renegar de su propio arte y quema los manuscritos de la segunda parte de «Las almas muertas». En fin, el 21 de febrero de 1852, la muerte pone fin a los torturantes sufrimientos del gran artista ruso.

El país de los Soviets estima en Gogol al gran escritor cuya risa inteligente es el principio de una renovación.

Gogol vivirá en la memoria de las generaciones como un verdadero poeta popular que ha flagelado lo horroroso en el pasado.

Elogio de Don Joaquín García Monge

Por QUINO CASO

EN algún lugar de los Evangelios, que ahora no recuerdo, hay un pasaje en el cual aparece que Jesús, cuando vuelve a su aldea natal después de haber realizado grandes milagros en otras tierras de Judea, no logra hacer uno sólo entre los suyos. «Pero no es ese el hijo de José, el carpintero?» —se pregunta la gente indiferente del lugar. Y desde ese instante, la cátedra del Maestro está patícoja, y el taumaturgo desaparece.

De esa escena evangélica, nació hace miles de años ese proverbio que ha tomado fuerza de curso legal en nuestro pueblo: «Nadie es profeta en su tierra». Y a la verdad que así es. Y consuela sobremanera, el saber que este aforismo viene de tan lejos y tiene origen de tan señalada grandeza. Porque esto quiere decir que el Cristo, en su aldea, no hace milagros, porque el milagro necesita de un ambiente de fe hacia quien lo hace, que difícilmente se logra formar ahí en donde el hombre milagroso tuvo su origen. El árbol no da flores y frutos en el suelo en donde echó la raíz, sino que emerge de la tierra, se yergue al espacio, y allá, en la copa frondosa, florece y se cuaja de frutos. Inútil el ojo aldeano que busque en la raíz el fruto, si no levanta los ojos arri-

ba, en donde triunfa el prodigio de las flores y el milagro de los frutos.

Esto ocurrió a Jesús, y en grado menor, pero no menos cruel, esto ha ocurrido a cuantos hombres alimentaron un ideal, y se dieron en agonía incesante —agonía, en el sentido que le da don Miguel de Unamuno,— y lucharon por mejorar el mundo, pequeño o vasto, en que les tocó vivir. No es para desconsolar, pues, porque el defecto es añejo, y porque es una consecuencia de la misma naturaleza humana. Al hombre milagroso, le está vedado hacer milagros entre los suyos...!

Pienso en esta escena evangélica, de relieve tan humano, en estos momentos en que un puñado de espíritus selectos se reúne para hacer un homenaje al Maestro Joaquín García Monge. Y pienso, al asistir a esta fiesta de la amistad y del reconocimiento, en los muchos García Monge a quienes sólo les fué dado hacer milagros en casa ajena y no en la propia. Porque este es el caso de don Joaquín. Es el caso del árbol que creció, y creció tanto, que su copa se perdió a la miopía de la aldea, y sólo fué dado a los lejanos el favor de la perspectiva frondosa cubierta de flores.

Cuando llegué a Costa Rica, de esto hace ya cinco años y medio, tu-

ve una penosa sorpresa cuando, al preguntarle a varias personas del pueblo por la dirección de la casa del maestro, no hallé quien me la diera. Y no fue sino hasta que me hice acompañar de un compatriota, que logré dar con su residencia. Para mí era incomprensible que un hombre tan conocido fuera de Costa Rica, no lo fuera del pueblo al cual ha servido callada, pero efectivamente a lo largo de su vida. Otra sorpresa fué cuando, ya amigos y conversando sobre sus actividades de publicista, me pude dar cuenta de que su «Repertorio Americano» vivía más de la curiosidad y del estímulo de los de afuera, que de los de adentro. Es decir, se comprobaba una vez más el legendario aforismo. El profeta no lo era en su tierra.

Cuarenta años de publicista, y de éstos veinticinco consecutivos dedicados a dar aliento al más prestigiado órgano animador de la cultura en América —el REPERTORIO AMERICANO— dábanle derecho a don Joaquín a ser en Costa Rica un Benemérito. Pero no un Benemérito de los que hacen los Congresos, sino un Benemérito de los que hacen los pueblos. No benemeritazgo diplomado, sino benemeritazgo concedido por la admiración al hombre, por el reeonomamiento a su obra, y por el cariño, el culto y la simpatía al Maestro.

La perspectiva de don Joaquín García Monge —quienes hayan estado fuera de Costa Rica lo saben bien, — es como la de esas montañas que decoran el horizonte de Centro América. Augusta y serena es su figura; sólida y varia es su obra. De ella se han saturado muchas generaciones. Sus comprimidos literarios de EL CONVIVIO, su ARIEL y su REPERTORIO A-

MERICANO, tuvieron en un momento dado una trascendencia que los costarricenses no sospechan. En esas publicaciones, muchos de aquellos muchachos de mi generación, que no poseíamos medios para hacernos una biblioteca selecta — eran aquellos tiempos en que los libros se compraban caros, — nosotros encontramos en las publicaciones de don Joaquín las más bellas páginas de los clásicos, las obras más aplaudidas de los poetas y pensadores del Continente, los más apasionantes episodios de la cultura contemporánea universal. Fué un silencioso sembrador de ideas: un sugeridor de rutas; un animador de conciencias. Y qué decir especialmente, del REPERTORIO AMERICANO? En él estuvo servido siempre el pensamiento último que se produjo en América. Por él conocimos a pensadores como Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Enrique José Varona; a poetas como Pedro Prado, Medardo Angel Silva o Arturo Capdevila; y cuando aún no tenían resonancia continental, a Rafael Maya, a Germán Pardo García, a Germán Arciniegas, a Jaime Torres Bodet, a Carlos Pellicer, a Salvador Novo, a Andrés Bello, a Juan Marinello, y a tantos más, cuyos nombres son ahora honra de las letras americanas. Recuerdo que en una ocasión —de esto hace ya dieciséis años, — con oportunidad de una encuesta abierta por «Repertorio», don Alberto Masferrer descubrió a dos altísimos pensadores, boliviano el uno; cubano el otro. Apuntó sus nombres y sus direcciones, hizo dos paquetes con sus libros publicados hasta entonces, y los envió al correo. Meses después, como contestación a su presente, don Alberto recibía sendos paquetes de sus hasta

entonces ignorados amigos. Leyó las obras, y recuerdo el entusiasmo con que las comentaba: «Pensar, me decía, que yo había vivido tantos años, y que me consideraba hombre de letras, e ignoraba este portento de luz...!» Aquellos hombres, eran Franz Tamayo, el polígrafo boliviano; y Fernando Lles y Berdayes, el filósofo cubano.

He aquí, a través de esta anécdota, —que no es cosa inventada sino vivida,—reflejado por nuestro más alto pensador salvadoreño, un relieve de la obra del Maestro García Monge. El, acaso, sin proponérselo ni pensarlo, ha venido a constituir con su *REPERTORIO AMERICANO* el puente espiritual más sólido tendido entre los altos espíritus de nuestro Continente. Cuántos pensadores, cuántos prosistas, cuántos poetas y filósofos, como ese ignorado Franz Tamayo, están urgidos de este puente para confundirse con los otros espíritus afines...! Para cuántos es precioso órgano, mediante el cual pueden entablar su diálogo luminoso...

Algunos preguntan escépticos, en dónde está la labor del Maestro que acredite el prestigio de que goza. Tres o cuatro libros, no corresponden a la talla de su figura. Y sin embargo, este hombre ha hecho más por la cultura en América, que muchos cenáculos literarios y que muchas Academias juntas. Porque él se ha desplazado, más que por su propia labor literaria, por la intensidad y la densidad de su pensamiento y de su acción, en la plática cotidiana con el estudiante, en el estímulo

que ofrece al novel escritor o poeta en la diaria publicación del pensamiento de los otros. Casi podría decirse que, por esta causa, por servir de intermediario a los otros, ha dejado de servir su propio pensamiento. Pero alguien tenía que ser el sacrificado, y él optó por esto. El periodista genuino es siempre un hombre-vehículo, que se diluye en el diario ajeteo de servir a los otros, con sacrificio de su obra personal.

Al cumplir veinticinco años el *REPERTORIO AMERICANO*, se ha acordado un homenaje al Maestro en la forma de un banquete. Más que ésto, nosotros habríamos preferido un acto literario en el que se hubiera dado a conocer a los costarricenses la trascendencia de esta vida y de su obra. Pero ahora recuerdo que hace ya miles de años, otro Maestro —que también no escribió libros, pero cuyo pensamiento subsiste a pesar de ello— aprovechó un banquete como éste para decir cosas excelsas que norman todavía el pensamiento de los hombres, como para enseñarnos a conciliar dos acciones de tan diversa índole: la de darle alimento al cuerpo, pero también, al mismo tiempo, alimentar el alma...!

QUINO CASO.

San José, C. R., Agosto 1944.

Nota

Palabras leídas por su autor en el banquete que fué ofrecido al maestro al cumplir 25 años su «Repertorio Americano».



VIEJA CASA



Vieja casa de mis mayores, de recias paredes sin enjalbelgar, que atesoras reliquias del tiempo; que sabes de las consejas de las abuelas y tienes en tus suntuosas arcadas y en la escondida escalera el dulce encanto de lo que ya pasó...

Habita en tí el reverente silencio para lo que ya se fue; y cuando la luna luce, por tus vastos corredores vagan fantásticas sombras; almas en

pena... almas de cosas!

En el patio, la fuente adosada al muro ya está seca; en las rotas macetas ya no hay rosas.

Vieja casa de mis mayores, que guardas sillones de cedro, maletas ferradas, viejos infolios empolvados y pinturas con largas inscripciones.

¡Triste mansión del pasado, mi alma se parece a tí...!

Una Tranquilidad Aldeana

Una campana que llama a oración; una tranquilidad aldeana dentro del corazón.

En la tarde triste; en la tristeza de la tarde, el perfume de flores marchitas de tiempos idos, de ensueños perdidos.

Silencios de la casona; cuentos de abuelas, viejas consejas. Letanías, devotas letanías de todos los días.

Una campana que llama a oración, una tranquilidad aldeana dentro del corazón.

Celestino Herrera Frimont. (1)

Herrera Frimont se mueve entre lo social y lo elegíaco. En lo social, cuando hace reventar sus intenciones para el acondicionamiento de una constitución evolutiva que se asiente en la justicia y con el derecho de lo humano. En lo elegíaco, cuando sueña en las cosas que fueron: la casa, el paisaje que cubre sus recuerdos, el trazo de un camino que se perdió en la alquería como buscando a donde esconderse para que los hombres no le pisoteen en tanto su servicio.

Herrera Frimont es diplomático, abogado y, sobre todo, una móvil inteligencia que busca en los objetos y en los sujetos un más allá de superior, que siempre en cuenta. Representa a su patria México en El Salvador.